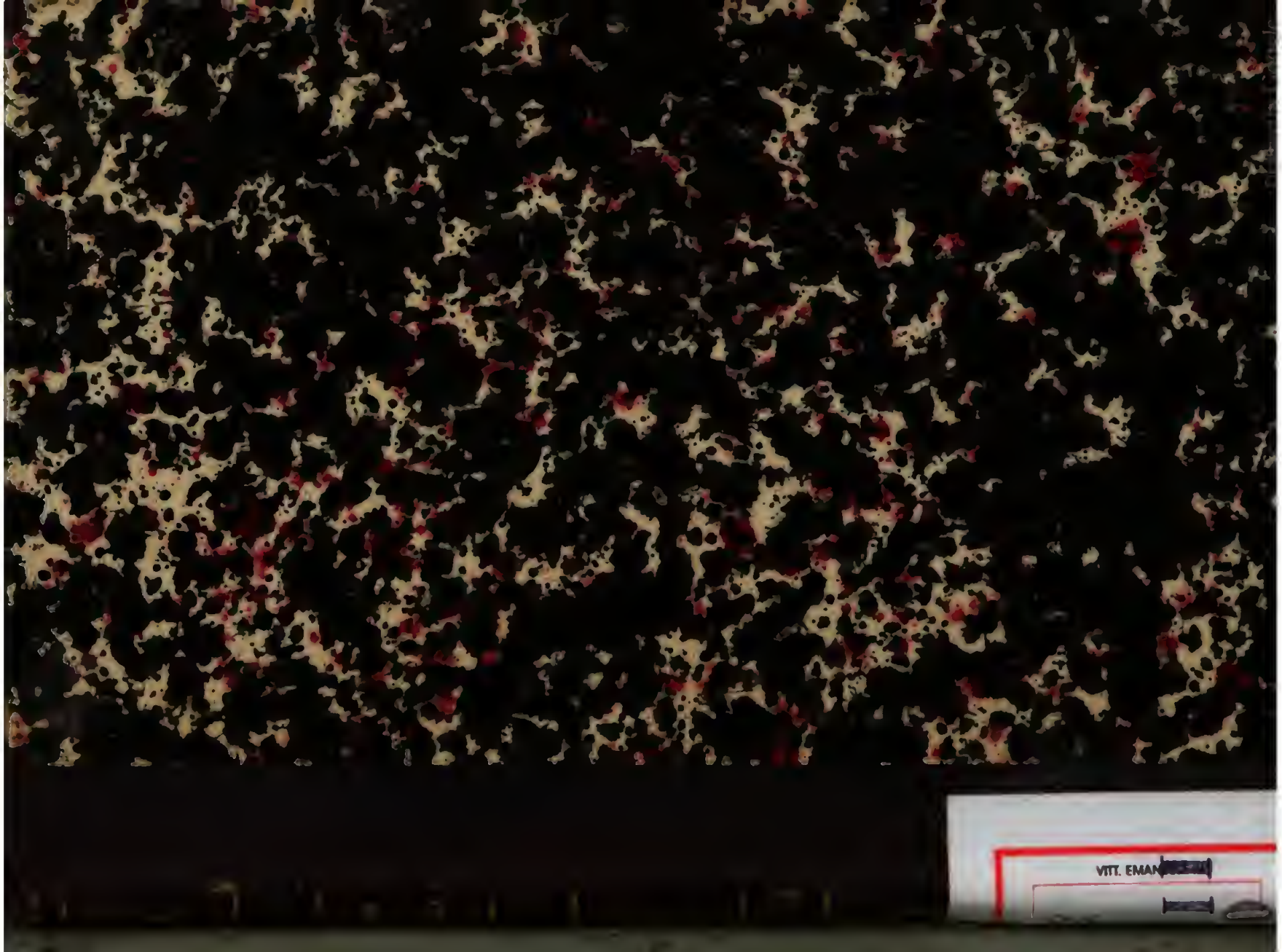
VITT. EMAN

·HELENAE·AVGV
STAE·DVCISSAE
EX·LIBRIS

BIBLIOTECA
S.A.R.
DVCHESSA HÉLÈNE D'AOSTA
CAPODIMONTE

F
XXXII
20

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

DEUDAS PAGADAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

551792

DEUDAS PAGADAS.

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

DE ACTUALIDAD,

ESCRITO PARA SU AMIGO Y FAVORECEDOR

EL EXCMO. SR. D. ANTONIO DE LATOUR,

POR

FERNAN CABALLERO.

MADRID.
Imprenta de M. Tello, calle de Hita, núm. 5.
1860.

Digitized by Google

Digitized by Google

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO DE LATOUR.

SEÑOR Y AMIGO:

Me pide V. que le escriba algun cuadro de costumbres, por más que muchas causas que V. no ignora se hayan reunido para privarme de todo deseo, de todo gusto y posibilidad de hacerlo. Pero ¿cómo rehusar nada de lo que de mi voluntad dependa á quien tantas y tan lisonjeras muestras de aprecio debo, á quien tantas y tan dulces pruebas de amistad agradezco?

He recurrido, pues, en mi impotencia para imaginar, en mi completa falta de propio caudal, á la verdad, *que me ha proporcionado algunas hojas sueltas de su archivo, y á la tradicion, que me ha dado algunas flores de su siempre fresco y precioso herbolario para colocarlas en aquellas y formar un conjunto en que nada habrá mio, sino el hilo que las una. Pueda hallar este mi trabajo (en vista de los materiales que lo componen) el aprecio y la simpatía que no dudo le concederá el noble extranjero que, cual su régio señor, ha venido á España para pagar tan ámpliamente á los españoles el respeto, el aprecio, el amor y las simpatías con que estos los han acogido.*

FERNAN CABALLERO.

Digitized by Google

Digitized by Google

PRÓLOGO.

Al dar á luz en el folletin del periódico nominado *El Reino* el precioso *Cuadro* de Fernan Caballero que hoy se presenta de nuevo al público en este volúmen, corregido y considerablemente aumentado, se estampó la siguiente nota:

«En uso del derecho que nos concede la ley de propiedad literaria, queda prohibida la reimpresion del presente *Cuadro de costumbres*, que el ilustre autor se propone publicar por separado destinando el producto de su venta á los inutilizados en África.»

Pocos dias despues el que traza estos renglones re-

Digitized by Google

cibia carta de FERNAN, y en ella los siguientes párrafos:

«He visto en su periódico que la impresion suelta que se va á hacer de *Deudas pagadas*, por cuenta de S. A. R. el Sr. Duque de Montpensier, aparece como hecha á mi costa; esto no puede pasar, porque no es cierto.»

Y más adelante:

«Sería una gran fatuidad y una cosa en extremo fea que pasase yo ó me dejase pasar por tan generoso sin serlo, aunque no por falta de voluntad.»

Tal es nuestro admirable pintor de costumbres: siempre la verdad y la rectitud por guía; siempre por auxiliares los más nobles sentimientos del corazon.

Ahora cúmpleme indicar de qué provino la equivocacion de *El Reino*.

Una persona tan distinguida por su talento como apreciable por su carácter, el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, para quien expresamente habia escrito FERNAN *Deudas pagadas*, tuvo la bondad de facilitarme el manuscrito de esta obra autorizándome á publicarla en *El Reino*. Al entregármelo me anunció que habria de hacerse otra edicion por separado, cuyo producto en venta se destinaría á los heridos é inutilizados en la guerra de África, por ser tal el deseo del autor. El Sr. de Latour no me dijo entonces más. FERNAN me reveló á poco lo que desde luego debí yo haber adivinado.

Conociendo el noble carácter del insigne literato

francés que con tanta asiduidad y benevolencia se consagra al profundo estudio de la lengua y de la literatura española, y que pone tan particular empeño en examinar nuestras riquezas históricas, tradicionales y artísticas, así como en apreciar imparcialmente los rasgos más imperceptibles de los hábitos y costumbres de nuestro pueblo, no es de extrañar la reserva del señor de Latour; sobre todo si se atiende á que mediaba en este asunto el nombre de un Príncipe cuya liberalidad es amiga del silencio. Las almas generosas no se pagan del ruido: para ellas la mejor recompensa de una buena accion, en este mundo, consiste en haberla hecho. Á tan cristiana máxima se ajustan los Serenísimos Infantes de España Duques de Montpensier y su digno secretario el Sr. de Latour. Tal es tambien la hermosa doctrina que practica el escritor predilecto de SS. AA., el tierno y simpático autor de *Clemencia* y de *Simon Verde*, de *La Gaviota* y de *Lágrimas*.

Pero las buenas acciones á que no suele dar importancia (porque las juzga cosa natural y corriente) el que las aconseja ó las hace, se deben pregonar y encarecer, si no hay en ello ningun impedimento atendible. Harto se propalan todos los dias hechos inícuos ó vergonzosos, habituándonos á escuchar con cierta punible indiferencia las mayores abominaciones, para que el que piense con rectitud y ponga interés en el mejoramiento de las costumbres pueda hacer caso omiso de tan útil y saludable enseñanza. Inclinar el ánimo á la práctica de la virtud; despertar la emulacion en el

Digitized by Google

bien; predicar con la elocuencia del ejemplo amor y caridad, se tendrá por noble empresa en todos tiempos, y más aún en los que vivimos. Ofrecer este ejemplo cuando se trata de acudir en auxilio de los que han expuesto generosamente su vida en defensa de la patria, es y será siempre doblemente meritorio.

Y á la verdad que el Sr. Duque de Montpensier, cuya ilustracion y buen gusto en materia de artes y literatura son generalmente conocidos, no podia costear la impresion de una obra más á propósito que *Deudas pagadas* para el laudable fin á que la destina. Ni hay pluma á quien mejor cuadre pintar el heroismo y nobleza de nuestros soldados, la agudeza de sus dichos, la bizarría de sus hechos, que á la del escritor eminentemente popular y castizo en quien se hermanan tantas y tan peregrinas dotes.

¿Quién no conoce en España á Fernan Caballero? ¿Quién que tenga amor á la literatura honrada, á la fiel é ingénua expresion de la vida íntima de nuestro pueblo, no ha leido y admirado alguna siquiera de las obras que como olorosas flores del campo esmaltan la corona del autor, salpicadas del rocío inmaculado de la virtud y de los más puros y delicados afectos? ¿Quién no le ha visto en el desdeñado hogar del pobre trabajador, arrebatándole el secreto de sus modestas virtudes, fotografiando, digámoslo así, con pincel inimitable las sanas alegrías del campesino andaluz, la abnegacion, la humildad, la sublime dignidad del menesteroso y afligido que soporta con resignacion la desgra-

Digitized by Google

cia, y que no maldice ni se abate á las bajezas propias solo de la insolente codicia?

¿Y quién que de algunos años á esta parte haya visitado la Andalucía baja, no ha procurado conocer personalmente al autor de *Élia*? ¿Quién no lo ha buscado en el florido Puerto que lleva el nombre de la Madre de las madres, de la siempre Virgen *María*; ó en su modesta y *confortable* casita de Sanlúcar de Barrameda, adornada de flores y de pájaros y situada á la sombra maternal de un convento de religiosas; ó bien en el morisco alcázar de Sevilla, junto al arco donde todavía resplandece el leon de España ostentando victorioso la cruz con el expresivo mote *ad utrumque?* ¡Oh, cuántas veces, despues de una larga conversacion con Fernan Caballero, con esa alma noble y candorosa (de quien no se apartan jamás los que cultivan su ameno trato sin respirar blando perfume de bondad, sin sentir preñado el corazon de dulces lágrimas y ansioso de hacer bien al prójimo) me ha parecido más hermosa la naturaleza, al discurrir por entre los pinos que como centinelas avanzados del Guadalquivir lo saludan cuando se precipita en el mar! ¡Cuántas veces he visto con placer inexplicable, en el camino de Chipiona ó de Bonanza, las mismas poéticas gentes del pueblo que el talento observador y benévolo de nuestro autor retrata con tan pintoresca fidelidad y ternura!

Pero no acabaría si quisiera expresar aquí todos los puros sentimientos y tiernos afectos que despiertan en mi alma el solo nombre de Fernan y la dulce memoria

Digitized by Google

de los amigos que en dias de amargura templaron mis pesares (y hasta me hicieron olvidarlos) en Sanlúcar de Barrameda. No se trata de dar paso á mis recuerdos, por más que los acaricie y disculpe el más hermoso tal vez de los sentimientos humanos, la gratitud. Trátase de FERNAN CABALLERO, del escritor bueno y simpático por excelencia, y no es justo entretener al lector abusando (como hoy generalmente se abusa) del *yo satánico* de que hablaba nuestro gran Donoso. Volvamos, pues, á FERNAN.

Sin embargo del vivo empeño con que la ilustre persona que esconde su nombre bajo este seudónimo, tan famoso ya dentro y fuera de España, ha procurado ocultar que es ella la autora de tantos cuadros inmortales, no por eso ha dejado de hacerse público. ¡Puede tanto la curiosidad! ¡Es tan natural que nos esforcemos por saber quién es, por averiguar dónde pára el bien intencionado escritor á quien somos deudores de tantas inocentes delicias! ¿Cómo no empeñarse en conocer y tratar al superior talento que ha conmovido á su antojo nuestro corazon con el sencillo relato de sucesos comunes y de afectos verdaderos, cuya profunda originalidad y belleza consiste precisamente en esa misma verdad y sencillez que todos conocen y sienten, pero que solo llegan á expresar como FERNAN lo hace aquellos ingenios extraordinarios templados para lo bueno y hermoso en fuego que emana del foco mismo de la luz celestial é inextinguible?

El verdadero nombre de FERNAN ha dejado ya de ser

un misterio para la mayor parte de las gentes que saborean con placer la poesía que rebosa en las ejemplares narraciones del católico y popular autor de *Callar en vida y perdonar en muerte*. Al ver tanta delicadeza en el pensar, tanta dulzura en el sentir, tan fina penetracion y agudeza en todo, muchos adivinaron desde luego que solo era capaz el alma de una mujer de atesorar prendas de tal valía. El corazon de una mujer buena es, en efecto, el más hermoso presente de la Divinidad. Averiguado esto á tan poca costa, lo demás habia de ser naturalmente obra del tiempo. Y así lo ha sido. Oigamos, pues, á un testigo muy abonado, al insigne escritor á quien FERNAN dedica *Deudas pagadas*:

«Algunas personas (dice) me han dispensado el honor de preguntarme si por acaso FERNAN CABALLERO era la señora Duquesa de Montpensier... No, la augusta hermana de la Reina Isabel no es FERNAN CABALLERO. Bien sé que S. A. tiene aficion suma á la persona y á las obras de este ingenioso escritor; pero entregada exclusivamente al cuidado de educar sus hermosos hijos, puedo asegurar que nunca pensó en pintar la Andalucía ni en referir sus leyendas, contentándose con prestar á quien las refiere la atencion más solícita y afectuosa. No debe, pues, buscarse al autor de *La Gaviota* en el palacio de San Telmo, sino á dos pasos de él, dentro de la misma Sevilla, en una de las torres del antiguo alcázar morisco reconstruido por D. Pedro.

»Semejante vivienda es como hecha de encargo para tal huésped. Al asomarse á la ventana rasgada en el

fondo de su salon principal, FERNAN puede ver á su izquierda la bóveda bajo la cual Sancho Ortiz, el cid de Andalucía, el héroe de Lope de Vega y de M. Lebrun, quitó en duelo la vida á Bustos Tavera, hermano de su prometida (1). Al frente tiene el Archivo de Indias, en que duerme la historia de la España americana, esperando al encantador que ha de sacarla de entre el polvo de tantos manuscritos; y á su derecha ve, en fin, la Catedral y la Giralda, pasion de los artistas. Tan poéticos monumentos circuyen una plaza ovalada con acacias y naranjos. Así por poca atencion que FERNAN CABALLERO preste hácia aquella parte, la brisa le lleva durante el dia todo el rumor de la vida popular, y por la noche las dulces conversaciones de los amantes que se sientan en los bancos. Pero á la hora en que el sol dora con sus últimos rayos los desiguales techos de aquellos monumentos, si FERNAN sube á su torre y alza y lleva más lejos sus miradas, desaparece de su presencia la obra del hombre para ceder el puesto á la del Criador; ó mejor dicho, se le presentan las dos mezcladas y confundi-

(1) El Sr. de Latour acepta de buen grado la tradicion poética difundida y acreditada desde que Lope de Vega dió á luz *La Estrella de Sevilla;* pero esta tradicion carece, en mi opinion, de verdadero fundamento histórico. Lope quiso sin duda pintar en su obra el trágico fin de Escobedo y la persecucion de que fué víctima el secretario de Felipe II Antonio Perez; y como estaban demasiado recientes tales sucesos para sacarlos al teatro sin rebozo alguno, los atribuyó al Rey D. Sancho el Bravo, y á los imaginarios Sancho Ortiz y Bustos Tavera.—*M. C.*

Digitized by Google

das, porque los grandes paisajes despiertan grandes recuerdos. Allí se extienden las inmensas cuestas del Aljarafe, coronadas de olivos, y á las que todavía la tradicion da el nombre de jardines de Hércules; aquí se encuentra el poético convento de San Juan de Alfarache, ciudadela romana un tiempo, despues castillo morisco, y hoy santa ruina, al lado de sus dos cipreses que parecen velar por ella y consolarla. Al pié de la roca que sirve de pedestal al convento, hay una aldea encantadora, cuna del héroe de Mateo Aleman y de Lesage, tan poco parecido por cierto á los de FERNAN CABALLERO; más lejos, subiendo la cuesta, se perciben las blancas casas de Castilleja, donde murió Hernan Cortés, olvidado de su rey y de la España, bajo un techo que á lo menos está seguro de no perecer (1). Al pié de aquellas ricas colinas pasea el Guadalquivir sus hermosas y pacíficas aguas. Allí el observador mira, el novelista escucha, y el escritor no tiene que hacer más que recordar.

(1) Débese, en efecto, á la generosidad y patriotismo de los Sermos. Sres. Duques de Montpensier el que se conserven restaurados y convenientemente custodiados los restos de la casa donde falleció Hernan Cortés en Castilleja de la Cuesta. Los mismos insignes Príncipes han costeado tambien la restauracion de la Rábida, que ya amenazaba ruina, y levantado de nuevo la capilla de Nuestra Señora de Valme, fundada por el Santo Rey D. Fernando en término de Dos-Hermanas. Estos rasgos de piedad, religiosidad y amor á los antiguos monumentos históricos, desatendidos ó maltratados por el vandalismo y por la incuria, no necesitan encomios.—*M. C.*

Digitized by Google

»Pero forzoso es haber aprendido en alguna parte á mirar, á escuchar, á observar, y sobre todo á escribir. Ya he confesado que FERNAN CABALLERO puede bien ser una mujer; pero si lo es, de seguro es andaluza. Abriéronse sus ojos por vez primera bajo aquel hermoso cielo y en aquellas hermosas comarcas; y de aquí provienen su amor á la Andalucía y el entusiasmo con que la pinta. Sin embargo, FERNAN no conoció bien todo el encanto de su país natal hasta que vió otros. Es una andaluza que ha recorrido la Francia, la Inglaterra y la Alemania, y que además lleva sangre alemana en sus venas (1). Por instinto habia conocido los encantos de su Andalucía; pero cuando la vió de nuevo fué cuando la vió bien, y cuando aquella tierra privilegiada se le presentó con toda su gracia y esplendor. Pudiendo compararla con las otras, túvola más afecto y consagróle preferencia más ilustrada; y el dia en que descubrió que poseía el talento de pintarla, no hizo lo que esos artistas que, apenas se figuran haber puesto el pié en tierra desconocida, no perdonan ni el más leve pormenor, y perjudican á la misma verdad de la copia á puro querer que en ella figure todo. No; FERNAN CABALLERO no aspira á ser el Cristóbal Colon de Anda-

(1) ¿Seré imprudente recordando en este lugar el nombre insigne y por siempre memorable del erudito aleman D. Juan Nicolas Böhl de Faber, tan querido y venerado de FERNAN CABALLERO, y á quien es deudora España de la más rica y bien ordenada *Floresta de Rimas antiguas castellanas?—M. C.*

Digitized by Google

lucía. Sus rápidas excursiones fuera de España le pusieron en aptitud de escoger y admirar atinadamente, y esa relacion involuntaria que por sí misma se forma en la imaginacion del pintor ó del escritor, es la que á entrambos proporciona el verdadero punto de vista. Los cuadros y narraciones de FERNAN CABALLERO, como los de Walter Scott, cuyo nombre se viene naturalmente á la memoria y á los labios siempre que se habla de FERNAN, tienen esa verdad interesante que proviene de una observacion sincera y profunda, y no de la sorpresa de un encanto pasagero.

»Una docena de años habrá, á lo sumo, que aparecieron las primeras publicaciones de FERNAN CABALLERO. En un principio fueron apreciadas tan solo por limitado número de amigos, en quien se mezclaba cierto asombro é incertidumbre con una admiracion tímida y recatada. Saboreaban estos su lectura, que interesaba y conmovía; pero tenian, por decirlo así, repugnancia para saludar de buenas á primeras y sin tomarse tiempo de pensarlo, como á inteligencia selecta y talento superior, á la amiga del dia antes, á la que, segun la costumbre española, se designaba aún por su nombre de pila. No fué, ciertamente, profeta en su país FERNAN CABALLERO hasta que admitida su fama fuera de Andalucía tornó de nuevo á pasar la Sierra-Morena, y hasta que ofrecieron sus Novelas á la admiracion del lector los nombres más imponentes de la literatura española. El misterio que por algun tiempo todavía encubrió la personalidad del autor, no perjudicó á su

Digitized by Google

popularidad creciente, porque España tiene aficion á encontrar en todo algo de romancesco.

»Mucho tiempo habia vivido FERNAN CABALLERO sin figurarse que más tarde debia referir á sí misma y á los demás, fijándolas en una forma duradera, las patéticas historias que iba reuniendo en su memoria, y sin saber que estaba llamada á representar en todo su esplendor aquella rica naturaleza en cuyo seno tanto le gustaba vivir. Abeja diligente, libaba flores con la intencion de guardar la miel para sí sola; pero llegó un dia en que se abrió la corteza de encina, y la miel se derramó.

»La primera obra de FERNAN CABALLERO (y cuidado que ella no creía entonces haber escrito una obra) fué *La Familia Alvareda*. Habia oido el autor referir la anécdota en que estriba el argumento de esta narracion interesante, bajo los mismos olivos en que acaeció; y recibiendo con ella impresion muy viva, al volver á su casa escribió en aleman sus trágicos pormenores, dando despues al olvido el manuscrito.—Cuando con nuestro amigo Dauzats estuvísteis, querido Taylor, encargado por el rey Luis Felipe de una mision en España, y frecuentábais una de las raras casas de Sevilla en cuyos salones habia entonces chimenea, ¿pudísteis figuraros, por ventura, que en aquella despierta marquesa que os recibía con tanta gracia se ocultaba un escritor delicioso?

»Creo que el baron Taylor no obtuvo ninguna confidencia literaria de la que sobre doce años más tarde habia de ser FERNAN CABALLERO. Washington Irving, que

pasó por Sevilla algun tiempo despues que el baron Taylor, algo de ello hubo de figurarse sin duda, porque le fué permitido leer *La Familia Alvareda*. Sorprendido y encantado quedó; y no sé cómo no tomó de aquel talento, que así se le ponia de manifiesto, el arte de dar colorido local más verdadero á sus lindos *Cuentos de la Alhambra*. Pero sin duda habia ya entonces levantado el sitio y volvia de la conquista de Granada.

»Transcurrieron algunos años, fecundos por cierto en pruebas de más de un género, y en los cuales FERNAN CABALLERO buscó en las letras una distraccion venturosa. Entonces fué cuando escribió *La Gaviota*. Redactóla sucesivamente en español y en francés, con intencion, segun dicen, de publicarla en Francia. He ojeado el manuscrito francés; pero como en aquella época hubiese aparecido *La Gaviota* en castellano, me detuve, no tanto (lo confieso) en la obra misma, que ya habia leido con placer en el verdadero idioma del autor, como en ciertas ilustraciones *á la pluma* que advertí en las márgenes del manuscrito, comentario expresivo de una mano querida... ¡ay! helada ya para siempre.

»Si FERNAN hubiese abrigado en realidad el pensamiento que le suponen, indudable es que hubiera llegado á obtener un puesto honroso en nuestra muchedumbre de novelistas. Pero si tuvo efectivamente aquel pensamiento, debe creerse que pronto renunció á él, y que comprendió, afortunadamente para todos, que mejor le estaba ser el primero en Madrid que el

segundo en Paris. Gracias á esta resolucion, España ni siquiera supo el riesgo que habia corrido de perder al mejor y más amable narrador que ha poseido desde aquel que no se puede comparar á nadie, desde Cervantes.»

Los preciosos datos biográficos que anteceden (tanto más preciosos cuanto más difícil era obtenerlos, merced al tenaz empeño de FERNAN en que no se hable de su persona) serán sin duda del agrado de los curiosos. Pero ya que debemos al señor de Latour estas noticias, que vienen á confirmar la general sospecha de que el autor de *La Estrella de Vandalia* pertenece á la más hermosa mitad del género humano, oigámosle exponer con gran tino en breves palabras las dotes que principalmemente resplandecen en las producciones de nuestro admirable y querido autor:

«Ninguna de sus obras (dice el señor de Latour) deja de dar alta idea de la moralidad que avalora las acciones de FERNAN CABALLERO, ni de recomendarse por el brillo y verdad de las descripciones, por el interés de la narracion, por la originalidad del diálogo y por la profunda sencillez de la accion; pero llaman la atencion todavía más el especial carácter de la invencion y el órden de la composicion en el autor de tantas novelas distinguidas. FERNAN CABALLERO, hasta cuando inventa, parece como que recuerda: tal es el don supremo del que narra. Y con efecto, el verdadero narrador lo que hace aquí frecuentemente es recordar; pero con la circunstancia de que el hecho que saca del fondo de su

memoria llega al remate de su pluma transformado é idealizado. Fernan Caballero ve mucho, observa sin cesar y retiene sin esfuerzo. Despues vienen el sentimiento moral y la pasion interior, sin que apenas caiga en ello, á dar colorido y vida á lo que vió, observó y retuvo. No creo que, á excepcion de una sola vez (como ya he dicho) se haya empeñado en combinar situaciones, ni la he visto jamás complacerse en las mil astucias del oficio: esta sola palabra la horrorizaría. Sabe dónde va y lo que se propone conseguir; pero no creo que cuando toma la pluma se cure mucho de lo que desde luego han de decir ó hacer sus personajes. Nunca se da prisa al empezar. Se pone en viaje como el que, estando seguro de que ha de llegar, no repara ni en la hora ni en el camino. Detiénese á sus anchas á admirar el paisaje, á describir sus héroes y á oirlos hablar entre sí; y no se hará de rogar para meter baza y echar su reprimenda al tiempo actual, cosa que acaso le sucede más de lo que correspondiera. Pero en cuanto el drama se apodera de la escena, desaparece el autor de repente y la accion se precipita con irresistible energía. Así sucede con frecuencia que, despues de una primera parte llena de gracia, de amable descuido, de finas advertencias y de interesantes pinturas, en la segunda no se encuentran más que pasion é impetuosidad; ya no hay nada inútil; todo lo lleva un mismo soplo, hombres y cosas, hácia el desenlace inevitable, arrebatado á veces como con el filo de la espada.

»Y al lado de ese tacto esquisito, de esa dignidad in-

nata y de esa particular aficion á todo lo que es noble, generoso y elevado; de esa fina inteligencia de las necesidades y hábitos de la sociedad culta, ¿qué puede haber más sorprendente que su aptitud particular para pintar el pueblo, la gente sencilla y el hombre del campo, gracias al envidiable don de interesarse por los pequeños, de entrar con simpatía en el fondo de sus miserias, de saber analizar sus ideas, preocupaciones y pasiones, sin que jamás una sensacion desagradable venga á turbar la tierna compasion que inspiran los sentimientos del pobre? Verdad es que en FERNAN CABALLERO (es menester no cansarse de repetirlo) la inspiracion es profunda y sinceramente cristiana (1).»

Hasta aquí el señor de Latour.

¿No es cierto, amigo lector, que me agradeces (perdona la confianza) las noticias y observaciones aquí transcritas, más que si hubiera yo hablado de mi cuenta y riesgo engolfándome en una remontada disertacion acerca de la novela, ó dándome aires de crítico *trascendental* para explicarte en qué consiste el singular mérito del precioso Cuadro que vas á leer? ¿Acaso no conocerás tú su ingénua belleza sin necesidad de explicaciones, cuando sientas que asoman á tus ojos, y que no las puedes reprimir, lágrimas de ternura ó de entusiasmo? Lee, apresúrate á leer *Deudas pagadas*; y si despues de esta lectura no crees, como yo, que si aquí

(1) REVUE BRITANNIQUE (Janvier, 1860): FERNAN CABALLERO, *par M. Ant. de Latour.*

Digitized by Google

abrigásemos todos el acendrado patriotismo de Fernan España sería la primera nacion del mundo, dígote que no lo entiendes.

Á Fernan Caballero no le alcanza en manera alguna la responsabilidad del mal inevitable y profundo que causa la literatura romancesca importada de Francia, y que tanto allí como entre nosotros, y como en todas partes, se esfuerza por efectuar en los sentimientos y en las costumbres una revolucion tan desfavorable á los principios de la moral cristiana como á los afectos tiernos y delicados, benévolos é indulgentes. La literatura que escandaliza en los libros con un descaro que ningun escritor decente se atrevería á usar ante personas que lo fuesen, y que se propaga impunemente en alas de una fecundidad tan pasmosa como funesta, es el polo opuesto de la que cultiva nuestro inestimable autor. Por eso se ha dicho y repetido, con razon harta, que los libros de Fernan Caballero no son solo buenos libros, sino buenas acciones. Cuando ingenios corrompidos, tocados de la lepra más contagiosa y repugnante, prostituyen la inspiracion y la belleza pugnando por divinizar los más brutales apetitos, las doctrinas más disolventes y absurdas, las más punibles aberraciones del entendimiento humano,-el escritor en quien el mal epidémico no hace mella, que se conserva puro en una atmósfera viciada, y que tiene el valor de hacer frente al mal, predicando constante y generoso el bien, merece por tal heroicidad inmarcesible corona.

Todos los ramos de la literatura, aun los que menos

se prestan á ello, participan hoy de un carácter polémico que suele perjudicarles mucho bajo el punto de vista del arte, pero que da á las obras cierta importancia *de actualidad* en la que estriba todo su merito, y á la que deben las más veces el efímero y poco envidiable laurel que ciñe su frente, como ceñían la suya de flores las heroinas de la prostitucion griega y romana. Pero de todos los géneros literarios, el drama y la novela son los que más dócilmente se han puesto á devocion de las doctrinas anti-religiosas y anti-sociales, con la satisfaccion del muchacho de mala índole á quien se da carta blanca para entregarse á toda clase de excesos. Ambos son, á no dudarlo, de los instrumentos más eficaces que emplea el siglo, en su afan destructor, contra los principios verdaderamente salvadores. ¿Nacerá el bien de la intensidad y extension misma del mal? Los que ponen tan vivo empeño en abatir los fundamentos del órden social, la religion, la autoridad bien entendida, el deber, el respeto, la resignacion, todas esas grandes columnas de la humanidad, sin las cuales tarde ó pronto se vendrian á tierra las naciones, y los pueblos se convertirían en manadas de fieras sin otra ley que el instinto, ¿llegarán al cabo á sobreponerse á escritores como Fernan Caballero, que ofrece al hombre en cada dolor un consuelo, en cada infortunio una esperanza, para cada virtud una perdurable recompensa? Renegaría de la ley del progreso, tan invocada en este siglo, si tal llegara á suceder.

Entretanto que inteligencias superiores ventilan y

resuelven un problema tan difícil é importante, séame dado encarecer de nuevo la fé inquebrantable de FERNAN, y recomendar á las madres de familia los hermosos ejemplos de moral pura y acendrado patriotismo que contienen todas sus obras. Á pesar de los reducidos límites de *Deudas pagadas*, y del carácter especial de este opúsculo, tambien los hay en él, y de tal especie, que es necesario ser de piedra para no enternecerse al leerlos, ó tener el corazon completamente pervertido para no ansiar imitarlos. ¡De qué modo tan natural, con qué maravilloso artificio mezcla FERNAN CABALLERO en este sencillo *Cuadro de costumbres* lo verdadero y lo fingido, lo histórico y lo verosímil! ¡Qué talento de combinacion el que de tantos rasgos sueltos discordes sabe formar tan admirable conjunto! Lo repito: las heróicas hazañas de nuestros soldados tendrán cantores que las celebren en estilo más levantado, historiadores que las aprecien y juzguen en cualquier sentido de una manera más épica; pero de seguro no habrá pluma que arrebate á FERNAN CABALLERO la gloria de dar en solo cuatro pinceladas cabal idea de la índole generosa de nuestros valientes, del espíritu cristiano y guerrero que los anima, del entusiasmo con que luchan por su Reina y por su patria, de su jovialidad y sufrimiento, de su frugalidad y constancia, del chiste y agudeza con que suelen mostrar á veces en los mayores conflictos que no hay penalidad ni trabajo superior á la resistencia de su espíritu.

Sin alterar en lo más mínimo la verdad, antes bien

poniendo particular esmero en no apartarse de ella poco ni mucho, FERNAN nos interesa y conmueve, acrecentando, si cabe, el amor á nuestros soldados y á nuestro pueblo, dignos por su patriotismo y por su fé de los altos destinos á que parece llamarlos de nuevo la Providencia. Escritor eminentemente popular, conoce como ningun otro el secreto de pintar al verdadero pueblo, guerrero y útil en los campos de batalla, laborioso y utilísimo en otros campos. Desde Cervantes hasta nuestros dias nadie puede disputar en España á FERNAN CABALLERO el lauro de perpetuar en sus libros (documentos históricos aun más verdaderos é importantes que la historia misma) el carácter y fisonomía de la gente del pueblo, no ya solo bajo el punto de vista de sus hábitos y costumbres, sino con relacion á sus creencias, pasiones y sentimientos; agradándose siempre en lo bueno, condenando y compadeciendo lo deforme.

Para un escritor de esta índole, la guerra de África debia ser, y ha sido efectivamente, despertador eficacísimo. Podria asegurar desde luego, sin temor de equivocarme, que cada victoria de nuestros soldados, cada rasgo de abnegacion, de nobleza ó de humanidad de los muchos que honran en esta campaña el nombre español, ha resonado en el alma sensible y hermosa de nuestro autor como música del cielo. Cada grito de dolor, cada lamento de agonía exhalado por nuestros valientes compatriotas en el suelo inhospitalario del África al sucumbir luchando con el fanático enemigo

de nuestra religion y de nuestra raza, lejos de la madre, de la esposa, de la amada, de todas las más caras prendas, ha encontrado eco en el compasivo pecho de Fernan y arrancado una bendicion y una lágrima de lo más íntimo de su corazon: la bendicion para el valiente; la lágrima para los deudos, para la esposa ó la madre. En esto, como en todo, el gran pintor de costumbres ha ido á una con el comun pensar y sentir de los buenos españoles.

Y ya que se trata de la guerra de África; supuesto que en ella se funda el sencillo é interesante argumento de *Deudas pagadas*, y que á beneficio de los heridos en esta lucha nacional ha de expenderse el presente opúsculo, costeada su impresion por un Príncipe que ha solicitado una vez y otra con vivo ardor compartir las fatigas y penalidades del sufrido ejército de su patria adoptiva,- permítaseme consignar en este sitio (á fuer de español, aunque el más humilde de todos) el sentimiento de admiracion y gratitud que me inspiran las virtudes de los defensores de mi Reina y de mi país. Pobre es la ofrenda, pero ninguna más desinteresada y sincera. El envenenado aliento de nuestras discordias políticas no ha viciado aún mi corazon, ni la adversidad y los reveses lo han cerrado á los sentimientos generosos. Gracias á Dios, para mí todo interés se anula ante el interés de la patria: sea ella grande y venturosa, y siga yo siendo mientras viva el último y más oscuro de sus hijos. ¡Desdichados los que piensen de otro modo! ¡Desdichados los que antepongan cualquiera interés egoista

al bien, á la salud ó á la gloria del suelo que los vió nacer! ¿Qué mayor debilidad, qué mayor desgracia que no comprender así, en circunstancias como las presentes, lo que debemos á nuestra madre España cuantos hemos tenido la dicha de abrir los ojos á la luz del sol bajo el azul de su hermosísimo cielo? ¿Quién más digno de compasion y de lástima?

Si es nuestro enemigo el que vence y humilla la soberbia del infiel en defensa de la bandera española, bendigamos y ensalcemos á nuestro enemigo. El rencor es estéril como las arenas del desierto. La injusticia que desconoce el mérito del adversario, porque es adversario, es todavía más estéril. La envidia que se lo niega, es la mayor calamidad que puede caer sobre pueblos y naciones. Nunca los pensamientos mezquinos produjeron cosas grandes. Los cálculos del egoismo casi siempre se vuelven contra el que los fragua. Y aunque no suceda así y se realicen á medida del deseo, nunca logran despertar en nadie estimacion ni simpatía. El corazon, en cambio, podrá engañarnos algunas veces; pero aun de ese modo nos honrará con la aprobacion y el aplauso de los hombres de bien, que nunca desconocen lo que se debe á la rectitud y á la nobleza. Por desgracia, esta doctrina no es la mejor para medrar en el mundo; mas ¿qué importa? ¡Ay de aquel que solo atiende al provecho! ¡Ay del que tiene por única norma de conducta la ciega y bastarda inspiracion de la conveniencia! Aunque puesto en boca de una gitana, prefiero seguir el concepto de Cervantes:

Digitized by Google

Haga yo lo que en mí es
Que á ser bueno me encamine,
Y haga el cielo y determine
Lo que quisiere despues.

Dos palabras para terminar estos mal aliñados renglones: FERNAN CABALLERO siente aún latir en su pecho el antiguo patriotismo español, sin mancha que lo enturbie ú oscurezca. ¡Dichosos héroes los que han merecido el aplauso de un alma tan generosa! ¡Feliz patria la que todavía tiene hijos cuyo valor y cuyas virtudes son con justicia admiracion de propios y extraños! ¡Dichosa guerra la que suministra al escritor verídico rasgos tan hermosos y envidiables como los que han reunido en *Deudas pagadas* la cariñosa solicitud y el claro ingenio de FERNAN!

Madrid—Marzo de 1860.

MANUEL CAÑETE.

Digitized by Google

ADVERTENCIA.

Habíamos pensado citar en nota los periódicos de que hemos tomado cada hecho, cada pormenor, y cada extracto de los que han servido para formar este *Cuadro*; pero despues nos ha parecido que sería un trabajo inútil, tanto más, cuanto que la mayor parte han sido traidos por varios periódicos. El primer hecho con que principia la vida de las dos jóvenes que ponemos en escena, lo hemos tomado del excelente periódico *La Alhambra* de Granada, y sucedió en aquella provincia.—Mucho nos pesa que la pequeñez de esta narracion no nos permita insertar en ella sino un número tan corto, de entre la multitud de hechos heróicos que se soceden, y casi se atropellan, en la actual guerra de África.

Digitized by Google

DEUDAS PAGADAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

—En la vida he dicho yo un *perdone V. por Dios*, ¡bendita sea la Misericordia Divina!

(Un pobre campesino.)

Aunque los pueblos de las sierras de Andalucía, por su elevacion, gozan en el estío de una temperatura más templada que los de los llanos, en las horas denominadas *del sol*, reverberando este en las rocas que se hallan en los terrenos montañosos, se siente allí un calor seco y ardoroso, más pasajero, pero más irritante que en los llanos. Sufren principalmente sus abrasadores efectos los segadores nómadas, que despues de concluir en su provincia la recoleccion de las mieses, van

Digitized by Google

á buscar trabajo en aquellas que aun se lo pueden proporcionar. Gran parte de estos segadores, de la provincia de Granada, llegan á la sierra de Ronda, en la que son bien venidos y recogen el fruto de sus penosas tareas, siempre que la enfermedad, esa plaga del pobre, no los postra y acaba con sus ganancias ó con sus vidas.

En tiempos piadosos se estableció un pequeño hospital para los pobres forasteros en Bornos, que es uno de los pueblos que, como ramos, lleva la sierra orlando su falda; hospital que en invierno permanecía cerrado, pero que en verano recogía á muchos de estos pobres segadores que la intensidad del calor hacia enfermar y que no tenian allí casa ni hogar.

Por los años de mil ochocientos treinta y tantos, en la tarde de uno de los dias más abrasadores del estío, se hallaba sentada á la puerta de su casa en el mencionado pueblo una mujer de semblante dulce y bondadoso, ocupada en picar el tomate y el pimiento, y en migar el pan que habian de servir para el sano, nutritivo y sabroso gazpacho de la cena; no lejos de ella en la calle jugaban sus dos hijos, un niño de siete y una niña de cinco años.

Como el pueblo se halla en gran parte circundado de huertas y naranjales, situados en la vertiente de la pla-

nicie en que aquel se asienta, y que son regados á esa hora por las claras y abundantes aguas de sus manantiales, traía la brisa de entre las hojas de los árboles de aquellas huertas, con el canto de los pájaros que despedían al sol, un ambiente fresco y perfumado, como si la naturaleza, esa buena madre, hiciese abanico de sus árboles para refrescar con él la frente de su predilecto ser, el hombre. La fachada de la casa gozaba ya las dulzuras de la sombra, mientras que al frente doraba aun el sol los objetos que desde allí se veian, esto es, los montes, que pasado el valle se alzan con sus desiguales crestas, como dóciles camellos que han recibido la carga de viñas, olivares y sembrados que les confia el hombre.

La madre, abstraida en su faena, no habia notado que otro niño de muy pobres trazas se habia acercado á los suyos, ni habia oido el siguiente diálogo:

—¡Ah! dijo el niño de Bornos al forastero, yo no te conozco; ¿cómo te llamas?

—Miguel; ¿y tú?

—Gaspar.

—Y yo me llamo Catalina, añadió la niña, que queria tambien ser conocida de su nuevo compañero.

—Yo sé la relacion de Santa Catalina, dijo este.

—¿La sabes? Pues *imela*.

El niño recitó la siguiente:

¡Santa Catalina! mañana es tu dia,
Subirás al cielo con santa alegría,
Y dirá San Pedro al verte llegar:
—¿Qué mujer es esta que viene á llamar?
—Yo soy Catalina, que quisiera entrar.
—Entra, palomita, en tu palomar.

—¡Qué preciosa es! exclamó la niña; ¿sabes otra?

—Mira, Catalina, gritó su hermano, que estaba comiendo habas tostadas; mira, en esta haba hay un coquito muerto, un coquito tostado.

Y se puso á cantar:

El coquito se ha muerto,
Dios lo perdone.
Á enterrarlo lo llevan
Los cigarrones.

—¿Me das habas? suplicó el niño forastero.

—Sí, toma. ¿Te gustan mucho, muchísimo?

—Sí que me gustan; pero te las pido porque tengo mucha hambre.

—Pues qué, ¿no has comido?

—No.

Digitized by Google

—¿Ni *almorzao?*

—No.

—*Mae, Mae,* gritaron ambos niños dirigiéndose á la suya; este pobrecito niño no ha comido ni almorzado, y tiene mucha hambre; dénos V. pan para dárselo.

—¿Que no ha comido? dijo la buena mujer dando un pedazo de pan al niño, con esa caridad cariñosa, tan propia de las mujeres hácia los niños; ¿pues no tienes padres, hijo mio?

—Sí, pero no tienen pan que darme.

—¡Pobrecito! y ¿dónde están tus padres?

—Allí, contestó el niño, señalando con el dedo hácia una callejuela que hacia esquina con la calle, y que formaban las tapias de los corrales inmediatos.

La buena mujer, seguida de los niños, se dirigió allí.

Sobre la yerba seca, arrimado á una tapia, estaba tendido un hombre miserablemente vestido, con la cara vuelta á la pared: tenia un pañuelo liado á la cabeza; á su lado yacia una hoz caida de su inerte mano, y se le hubiese creido abandonado cadáver, si en el suelo á su lado no hubiese estado sentada una mujer que, apoyada su escuálida mejilla en la descarnada mano, clavaba en él sus miradas al través de las lágrimas que despues de llenar sus ojos surcaban su triste semblante, como en dias de temporal surcan filtrados caños de llu-

via las abandonadas paredes de las ruinas. El sol, al ponerse, alumbraba este lastimoso grupo con los rayos que se introducían por aquella callejuela, y que eran lánguidos y tristes como las miradas del que se despide.

Al verlos, preguntó la buena mujer, que se llamaba María, á la mujer forastera:

—Señora, ¿qué tiene su marido de V.?

—¡Una calentura de tabardillo que se lo lleva! contestó prorumpiendo en sollozos la interrogada.

—¡Ay Jesus! ¡Ay María Santísima! exclamó compadecida la madre de los niños; y ¿V. por qué no avisa y pide auxilio? ¿Estamos aquí acaso en tierra de herejes?

—Yo no conozco á nadie en esta tierra.

—No le hace; para gastar projimidad no es menester *conocencia*. ¡Pues qué! ¿Ha de morir este infeliz como en tierra de moros? No en mis dias.

En este momento llegóse á ellos un hombre, de cara bondadosa, enérgica y serena.

—*Pae*, *Pae*, gritaron los niños; ese pobre hombre se está muriendo, y dice este que es su hijo, que no tiene pan que darle.

—Juan José, dijo á su vez la madre de los niños; este infeliz está aquí sin amparo; esto es un dolor. Anda, si quieres, lo recogeremos en casa y avisaremos al médico.

—¿Pues no he de querer? respondió su marido. *En*

la vida he dicho yo un «Perdone V. por Dios,» *¡bendita sea la Misericordia Divina! Siempre ha habido en mi cocina un rinconcito para los pobres, y más si llegan de noche, van de camino, ó están malos, y siempre han tenido un pedazo de pan del que yo he comido* (1). ¿Acaso no lo sabes tú, mujer?

—Pues á ello, dijo esta; *alevántalo*, Juan José, que yo le cogeré por un brazo y su mujer por el otro.

Como fué dicho fué hecho. Los niños cogieron, el uno la hoz; el otro el sombrero; el tercero un pequeño y miserable lio de ropa, y todos se encaminaron hácia la casa.

Colocado sobre una de esas gruesas esteras de anea que sirven en los cortijos y viñas, á los trabajadores, de camas, una zalea y unas sábanas, fué acostado en ella el enfermo, que permanecía completamente aletargado, mientras Gasparito, con el encargo de *ir por los aires*, corria á llamar al médico. Acudió este, que declaró al enfermo de mucho peligro y que le recetó varios medicamentos, que se le hicieron con ese celo é inteligencia de enfermeras, que es una de las muchas prerogativas del sexo que llaman *bello*, y que con más propiedad pudiera llamarse piadoso.

(1) Textuales palabras de un campesino, anotadas al oirlas pronunciar.

Despues de habérselos suministrado, y merced á una copiosa sangría, quedó el enfermo más sosegado, y al parecer dormido con un sueño natural y benéfico, y entonces pensó la familia en cenar su fresco y nutritivo gazpacho y esas frutas tan abundantes en este país y á que tan afecto es este pueblo, frugal, fino y elegante hasta en sus más materiales apetitos.

Digitized by Google

II.

Tradicion: Noticia de alguna cosa que viene de padres á hijos.

(Diccionario.)

Excusado es decir que los primeros llamados á participar del *rancho*, como decia el amo de la casa, que habia sido soldado, fueron la forastera y su hijo.

—¿Y de qué pueblo son Vds.? preguntó Juan José á su huéspeda, presentándole la cortada de una magnífica sandía, que brillaba como encendido granate.

—De Treveles, en las Alpujarras, contestó la interrogada.

—Allí he estado yo cuando servia al rey, repuso

Juan José; aquellos son pobres pueblos. Treveles está *espernacao* sobre el barranco de Poqueira.

—Verdad es, repuso la pobre mujer, cuya apagada y triste mirada se animó un momento al recuerdo, tan de todos querido, del lugar en que nació y en que radicaba su hogar doméstico.

—Por más señas, prosiguió Juan José, que desde allí se columbran los picachos de Mulasen (Mulhá Hasem) y el de Veleta, que no llega al cielo porque su Divina Magestad no quiso, que no por falta de haberlo intentado.

—Oye, Juan José, ¿y por qué le llaman al picacho aquel de Veleta? ¿Tiene alguna?

—No la *vide*.

—No la tiene, pero la tuvo en tiempos atrás, dijo la forastera, cuando andaban moros y cristianos revueltos peleando por las Alpujarras. La guardaba un ángel, haciendo que señalase hácia España, y entonces ganaban los cristianos; pero si se descuidaba, venia el diablo y hacia que señalase hácia Berbería, y entonces ganaban los moros.

—Pero por más que hizo el diablo los echamos; ¡toma! ¡y más que hubieran sido! opinó el ex-soldado.

—¿Y V. ha estado por esas alturas? preguntó la dueña de la casa á su huéspeda.

—Yo no, respondió esta; pero sí mi Manuel un ciento de veces. En una ocasion fué á llevar á un inglés que queria verlas. Entre ambos picachos hay una hondonada que está llena de agua, y es una caldera que hicieron los diablos. En sus centros se oye un ruido muy asombroso, que lo hacen los martillazos que dan los diablos componiendo su caldera. Todo aquel sitio es un yermo, rocas peladas, y tan solitario y pavoroso, que dijo el inglés que aquello se parecía á semejanza de un mar muerto que hay por esos mundos.

—¡Ay *Mae!* ¿Y por qué se ha *morío?* preguntó la niña.

—Qué sé yo, contestó su madre.

—*Pae*, tornó á preguntar la niña, ¿por qué aquel mar se ha *morío?* ¿Lo mató el moro?

—¡Qué espilfarro! contestó su padre, que no quiso, como lo habia hecho su mujer, manifestar su ignorancia del hecho; se ha muerto porque en este mundo todo se muere, hasta las mares.

—Y qué, preguntó María, ¿todo aquel monte está *asina?*

—No, que más abajo hay arbolado, castaños, encinas y monte bajo, y unos manzanos muy hermosos que plantaron los moros, y cuyas manzanas se llevan á vender á Granada.

—Y me dijeron, añadió Juan José, que hay allí unas cabras montaraces y bravías que corren más que agua cuesta abajo, saltan como cigarrones, y son tan prevenidas, que tienen á una siempre de centinela en una atalaya, que en viendo peligro golpea la roca con el pié, y entonces parten las demás y desaparecen como una volada de perdigones.

—Mucha verdad que es, repuso la huéspeda, y que tambien hay cárabos (1), que son unos pájaros con alas y cara de gente.

—¿Qué está V. diciendo, señora? ¿Quién ha visto nunca semejantes avechuchos? exclamó Juan José.

—Los ha visto mi Manuel, y todo el que ha subido á aquellos vericuetos; y ha de saber V. que los cárabos y las cabras monteses, lo son desde los tiempos que andaba Jesus por el mundo, que llegó por aquellos andurriales que eran entonces unos frondosos vergeles en que pastaban cabras mansas y hermosas, guardadas por sus pastores. El Señor, que venia cansado, entró en una cabreriza y pidió á los pastores que le preparasen á él y á San Juan y á San Pedro, que lo acompañaban, un cabrito para cenar. Los pastores, que eran ruines moros, le respondieron que no tenian ninguno; pero el Señor insistió, y entonces ¿qué hicie-

(1) Especie de buho.

Digitized by Google

ron esos desalmados? Mataron á un gato, lo guisaron y se lo pusieron sobre la mesa. Pero ¡ya se ve! el Señor, que conoce los corazones y sabe todo lo que pasa, por más oculto que se crea, estaba al cabo de lo que habian hecho los pastores, se sentó y dijo:

Si eres cabrito
mantente frito,
y si eres gato
salta del plato.

Al punto se enderezó el animalito y echó á correr. El Señor, para castigar á los pastores, los convirtió en cárabos, y á sus cabras en montaraces.

En este momento se oyó un quejido; todos acudieron al lecho del enfermo. Su alivio habia sido momentáneo; la calentura habia subido, originándole un ataque cerebral que en breves horas le causó la muerte, sin que por un instante volviese á su conocimiento.

Fácil es describir un dolor desesperado que se agita violentamente, grita y se subleva contra el infortunio; pero no lo es describir el dolor profundo, callado, humilde y resignado. La pobre viuda que todo lo habia perdido, hasta las fuerzas para trabajar, alzó los ojos al cielo, cruzó sus manos, hincó su cabeza, y su muerto

Digitized by Google

corazon fué parando con su frio la débil vida orgánica de aquella infeliz.

No se vió despedida por la buena y caritativa familia que la habia amparado; pero conoció que iba á ser para esta una pesada carga, y aunque sumisa á su voluntad, rogó al Señor de la *Buena Muerte*, del que era especial devota, que se la concediese cuanto antes como término de sus padecimientos; y el Señor se la concedió.

Una noche vió con indecible consuelo el lecho en que yacía postrada rodeado de buenas, devotas y compasivas almas; la casa se iluminó; un altar se alzó frente á su pobre cama, en el que se veia la efigie del Señor de la Buena Muerte, con los brazos abiertos al que le imploraba; todos traian flores, esas universales intérpretes de los sentimientos humanos, que así realzan las más augustas solemnidades, cómo poetizan y hermosean las más alegres fiestas, y que, cual si fuesen dones de los ángeles, se hallan, como estos, lo mismo en las chozas que en los palacios, en los régios jardines que en el campo.

Sonó á lo lejos una campanilla que con su son argentino parecia decir: *Aquí viene el Señor de la Buena Muerte.*

Y así fué, porque concluido que fué el solemne acto de recibir la enferma los Santos Sacramentos, alzó esta

Digitized by Google

sus ojos, en los que volvió á brillar su perdida alegría.

—Yo voy á dejar este valle de lágrimas, dijo con débil voz, y mediante la misericordia de Dios, voy á su presencia á pedirle que mire por este pobre niño desvalido, por este pobre huérfano...

—¡Qué huérfano! exclamó Juan José. ¿Pues no sabe V. que es hijo nuestro?

La moribunda apoyó su pálido rostro sobre la frente de su hijo, en la que quedó sellada una lágrima, y le dijo:—Hijo de mi alma, paga tú á nuestros bienhechores tu deuda y la de tus padres; por mí, solo puedo pedir á Dios que los bendiga como yo los bendigo.

—Juan José, dijo el cura, la bendicion de los moribundos es la herencia de más valor que pueden legar á los que les sobreviven.

III.

El que es bien nacido,
es agradecido.
(Refran.)

En mil ochocientos cincuenta y tres, Gaspar y Miguel, criados como dos hermanos, habian llegado á ser hombres, y eran trabajadores y honrados como el padre que los habia guiado. Catalina era linda jóven, recogida y hacendosa como la madre á cuyo lado se habia criado. Miguel, que tenia un corazon amante y noble y por tanto agradecido, amaba á la familia que lo habia prohijado, con apasionada ternura, en particular á Catalina, hácia la cual sentia todo el cariño

Digitized by Google

de un hermano y toda la ternura de un amante por la que desea hacer la compañera de su vida.

Muchos dias de tranquila felicidad disfrutaron aquellos seres tan buenos y tan unidos; pero como la ventura y el azul del cielo no pueden ser permanentes, porque la tierra para dar sus frutos necesita la lluvia, y el hombre para aprender á apreciar bien esta vida y la otra necesita las lágrimas, llegó el caso de que se vertiesen muchas en aquella casa, para probar á sus moradores que su beneficio, casi con preferencia, se lo concede Dios á los pobres y á los buenos.

La quinta se promulgó, y ambos hijos entraron en suerte.

El que conozca la apasionada ternura de las madres del pueblo por sus hijos, podrá comprender el dolor y desconsuelo de María. Á ambos hijos creia amar igualmente; por ambos temia con igual angustia; con el mismo fervor rogaba á Dios y á su Madre porque saliesen libres el uno y el otro; pero cuando volvieron del sorteo y supo que la suerte de soldado habia caido al hijo suyo, el grito que arrancó esta nueva á su corazon de madre:—¡hijo mio de mis entrañas, á tí te habia de haber tocado!—probó que el cariño de una madre no puede ser igualado por ninguno.

Miguel presenció con el corazon partido el dolor de

María; dolor que todos los consuelos que tanto él como su marido la prodigaron, no pudieron disminuir ni calmar.

Al dia siguiente fué Juan José á llevar á su hijo á la caja de depósito en que habia de ingresar; pero ¡cuál no sería el asombro de ambos cuando le dijo el comandante á Gaspar que estaba libre y que podia volverse á su casa!

—¡Cómo! exclamó estupefacto Gaspar, ¿y por qué?

—Porque tienes un sustituto, contestó el jefe.

—¿Yo? tornó á preguntar, cada vez más asombrado Gaspar; ¡si eso no puede ser!

—¡Cómo que no puede ser! ¡Si está ya recibido y alistado el que lo es!

—¿Pero quién es? preguntó atónito Gaspar.

—Este mozo, contestó el comandante, señalando á aquel que la caridad de sus padres habia criado como á hijo.

—Miguel, ¿qué has hecho? exclamó conmovido Gaspar.

—Lo que mi madre al morir me encomendó, pagar una deuda; contestó Miguel.

—Tú no tenias conmigo deuda ninguna, repuso Gaspar; yo sí que la tengo ahora contigo, y quiera Dios darme ocasion de podértela pagar, hermano; que si se me presenta, á fé mia, no la desperdiciaré, no.

Digitized by Google

Digitized by Google

IV.

¡Viva España! ¡Viva la Reina!

(El pueblo español.)

Dos años despues de estos referidos sucesos aguardaba una pena aun mayor á esta buena familia, tan unida y tan amante, como suelen serlo todas en los pueblos de campo: Miguel salió soldado, como antes Gaspar, y teniendo por tanto que servir su propia plaza, hubo de ser llamado de nuevo á las filas el hijo de sus padres adoptivos, á quien ya no podia sustituir. Trascurrieron cuatro años más; y cuando esperaban que cumplido su tiempo regresase Miguel á su casa, y Cata-

Digitized by Google

lina preparaba sus vestidos de novia, resonó un grito que dado por la Reina de España se esparció por el país como la chispa eléctrica propia á despertar el genuino entusiasmo, el verdadero patriotismo español: *¡Viva España! ¡Muera el moro que la ultraja!* Este grito fué repetido por todos los ámbitos de la península, acompañado de la vibracion de la espada del guerrero, y por la del oro del pudiente, que cayó en aras del honor del país; fué repetido por el pueblo, que dió su sangre; por el santo episcopado, que bendijo la causa del país y del cristianismo, y su voz arrastró tras sí, no solo á las conciencias religiosas y timoratas por su santidad, sino á todas por su sabiduría, prudencia y acierto. Las hermanas de la Caridad ofrecieron sus consagrados servicios; las monjas elaboraron hilas y santos escapularios de la Vírgen; las señoras hicieron tambien á millares hilas y vendajes que humedecieron con sus lágrimas, y hasta los niños entusiasmados pidieron ir á la popular guerra del moro (1).

(1) Con muchos ejemplos podriamos acreditar este aserto; pero baste con trascribir aquí la carta que escribió un sobrino nuestro, hijo del marqués de C..., que aun no ha escrito sino planas, como se podrá notar por su manera de firmar.

«Señor gobernador:

Aunque soy un niño de ocho años, *me excito* á decir

Miguel, que participó de la unánime exaltacion por el general patriótico impulso, al recibir su licencia se reenganchó sin querer recibir premio de reenganche, por el tiempo que durase la guerra de África.

Juan José, que por el invierno se ejercitaba en la arriería, á la vuelta de uno de sus viajes en que habia visto á sus hijos que servian ambos en el regimiento del Rey, trajo esta nueva á su casa. Al saberla, la pobre María prorumpió en llanto.

—¡Bien se dijo el año pasado cuando el cometa que parecia un galápago, que venia anunciando guerra contra el moro! exclamó desconsolada.

—El cometa no era un galápago, respondió su marido con bélica animacion; bien sabes que lo que se

á V. que quisiera perder mi vida por la patria, y que teniendo aficion á las cosas militares me permita ir á pelear contra los moros.—La hizo *P. P.*»

Es de advertir que el carácter de este niño es dócil, y su índole más dulce y humilde que osada y arrogante.

Otro sobrino nuestro algo mayor, que tiene dos tios oficiales de artillería, y un gran entusiasmo por seguir esa carrera, hallaba muy mal, y se desesperaba porque no les fuese permitido á los niños ir á la guerra de África. —Pero niño, le dijo el asistente de uno de sus tios al oir sus lamentaciones, si vinieses, no podrias entrar en el colegio como tanto lo deseas.—Lo deseo, contestó el niño, para *aprender* á ser artillero; y en la guerra lo aprenderé mejor que en los libros.

Digitized by Google

dijo fué que era la misma estrella que guió á los Reyes que vinieron á Belen á manifestar que era Cristo el Mesías verdadero; pues bien, los nuestros irán al moro á manifestar que ya están hartos los cristianos españoles de sufrir las barbaridades é insultos de la condenada morisma.

—Pero es que en esta guerra van á morir muchos, Juan José, y eso es un dolor; un dolor, por más que con tus terriblezas digas que no.

—Ya, tú quisieras que esta guerra fuese como la que tienen entre sí las *señás* mujeres, guerra abierta, pero sin muertos; pues hija, la guerra entre los que se afeitan, y más si visten la casaca del rey y llevan por delante la bandera de España que guardar, es otra cosa; ahí de lo que se trata es de vencer ó morir.

—Pues por lo mismo, repuso angustiada María, ¿no hubiera podido despues de cumplido venir á su casa á estarse sosegado?

—¡Ya se ve!... Como tú, á la copa é hilando; pero has de saber que ninguna embarcacion nueva y velera quiere ser ponton; ¿estás?

María y Catalina seguian llorando.

—Si siquiera me hubieras dicho que ibas á verlos, dijo la primera, te hubiese dado, para que se los llevases, unos escapularios de la Vírgen.

—Ya los tienen, ya los tienen, y bendecidos por el señor obispo de Málaga; te lo he dicho ya, mujer; esta es una guerra santa que ha de alegrar á San Fernando en el cielo. ¡Por *vía* de las lloronas estas! añadió impaciente, viendo que su mujer y su hija seguian derramando lágrimas; ¿pues qué querias? ¿Que se quedasen aquí como mujeres, en lugar de irles á meter el resuello para dentro á esos condenados que no creen en Cristo, que niegan su Santa Madre, que nos dicen á los españoles «gallinas y perros cristianos?» ¡Por mí la cuenta, que el caldo que le hagan estas gallinas no les ha de saber á más!—No cogen á un español, más que sea en tiempo de paz, que no empalen ó descuarticen: ¡mire V. que esto hace hervir la sangre á todo español! Yo no sé cómo me contengo que no me voy tambien; porque habeis de saber que los pies me hacen hormiguilla, y el dia que menos lo penseis agarro el fusil y la manta, y allá me encampo.

—¡Juan José! Por María Santisima, ¿no basta con tener allá á tus hijos? ¿Nos ibas á dejar solas?

—Por poco tiempo sería.

—Calla, calla; Dios sabe por cuánto tiempo sería, que aquella gente está en su tierra, defienden sus casas, y sabes que son feroces, bravías, arrojadas y valientes.

—Sí que lo son; pero en cuanto á arrojados y valientes, más lo somos los españoles (1).

—¡Y Dios sabe las hambres y necesidades que van á pasar!

—No lo creas; mas cuando eso fuese, en dándole al soldado español agua, agua, ya va listo (2). ¡Vamos, si la alegría de aquella tropa al embarcarse era para vista! ¡Cascabeles, y que no me fuese yo con ellos!

—Juan José, por María Santísima, no tengas esos disparos de mozo, mira que tienes sesenta y cinco años.

—Tengo hoy veinte, mujer, tengo veinte; ¿estás?

—Tus brios te engañan, y no he de consentir en que te vayas tú á la guerra teniendo en ella á dos hijos.

—Y si tuviese más, allí estarían; ¿pues acaso piensas que he de ser yo menos que el padre del primer soldado muerto en la toma del Serrallo, que cuando lo supo llamó á otro hijo, se fué al alcalde de su pueblo, y le dijo:—Mi hijo ha muerto en el ejército de África, aquí traigo á otro que lo reemplace?

—¿Por lo visto eres capaz de haber empujado á Miguel para que fuese al moro?

—No necesitaba Miguel que lo empujasen; Miguel

(1) Dicho de un soldado.
(2) Dicho de otro idem.

Digitized by Google

ha hecho bien, y *asina* se lo dije.—Anda confiado, le grité al despedirme, que la veleta de tu tierra señala para España; no te amilanes si hay algun revés, que en la guerra, como no sea por un milagro de Dios, alguno ha de haber; pero pocos han de ser, y poco ha de arrimarse el diablo á la veleta del picacho de las Alpujarras, porque el que á la presente cuida de ella es un arcángel, tu patrono Miguel y el de la España, y ese no se descuida y tiene á raya al diablo.

Digitized by Google

Digitized by Google

V.

Sí; que los manes de Guzman el Bueno,
Del gran Cortés, de Córdoba y Pizarro,
Por tí constantes velan, madre España:
Y el mundo todo, de respeto lleno,
Aun ha de verte en el triunfante carro
Y ha de admirar hazaña tras hazaña.

Fernando de Gabriel.)

Algun tiempo despues fué Juan José con su mulo por una carga de peros á Ronda. Allí supo que podria llegar sin mucha dificultad al campamento cristiano en África.—Pues señor, pensó entonces, lo mismo podré vender mis peros allí que lo haria en Jerez ó Málaga; pues allí me voy: *asina* veré á mis hijos y aquel teclado, que será digno de verse;—y como lo pensó lo hizo.

Muy agenas de esto estaban María y Catalina, cuando á los seis ú ocho dias regresó Juan José á su casa.

Digitized by Google

Despues de haber llevado el mulo á la cuadra y arreglado sus cosas con mucha cachaza, se sentó y dijo á su mujer y á su hija:

—Muchas memorias de los muchachos, y que desean que al recibirlas gocen Vds. de perfecta salud como la que disfrutan ellos.

—¿Qué estás diciendo, Juan José?

—Digo que muchas memorias de los muchachos.

—¿Has tenido carta?

—No, que la carta soy yo.

—¡Tú!! ¿Pues qué quieres decir con eso?

—Que fuí y vengo de Berbería sin haber perdido la derechura, con mi mulo Orejero, que empinó poco las suyas, cuando al llegar por aquellos pericuetos se halló tanta alazgara, tanto moro, tanta fiesta y tanto tiroteo.

—¡María Santísima! ¿Y á qué fuiste, temerario?

—Á vender unos peros que me pagaron rètebien; á ver á los muchachos, que hallé buenos y más contentos que unas páscuas; y á matar á tres moros que no le volverán á decir «perro cristiano» á ningun bautizado. Conque ya ves, mujer, que no he perdido el viaje.

—¡Esto has hecho! ¡Dios nos asista, Dios nos asista! exclamó santiguándose la buena mujer: ¿tres moros mataste? Eso no habrá podido ser si no que fuesen indefensos, vencidos ó rendidos; ¿y esto has hecho?

Digitized by Google

—María, ¿qué estás diciendo? repuso su marido. ¿Acaso no sabes que matar á un indefenso es contra la honra y cosa de verdugo? ¿No sabes que matar al rendido es una villanía y hacerse carnicero de humanos? ¿No sabes que matar al que pide la vida, es de perversos cobardes que ultrajan con eso el nombre de cristianos y difaman el de español? En buena guerra los maté, María, cuando ellos armados me querian matar á mí y á mis compañeros. De sobra sé que la gloria está, no en *matar*, sino en *vencer* al enemigo, y no quisiera yo á la hora de mi muerte tener que recordar una muerte mal dada. Te digo, así Dios me asista, que los maté en toda ley, como bueno, y *asina* mueren todos, porque no se quieren rendir ni con la bayoneta sobre el pecho.

—¡Jesus! exclamó María: ¿y por qué?

—Porque sus santones les han hecho creer que los españoles son tan feroces como ellos y que queman vivos á los heridos y prisioneros que cogen. Á tí te parecía que para la guerra no servian sino los chavales y que con mis sesenta y cinco años no servia yo para el caso; pues te engañaste, te engañaste; que yo soy de buena *caliá*, y aunque se gastó el acero queda el hierro. ¿Estás? Y que soy buen soldado, pero no asesino; ¿estás?

—Perdona, Juan José, no me paré...

—Pues ya se ve que no te paraste; ni te has acordado que tu marido es cristiano viejo y español bien nacido, que sabe arremeter á los enemigos de su fé, de su patria y de su Reina, pero que jamás se deshonra con matar á un indefenso, ni se envilece con acabar al vencido, ni se hace tigre negando la vida al que se la pide, mas que fuese este el mismo Barrabás en persona.

—¿Iban ganando los nuestros, Juan José?

—¡Vaya! Ganando siempre; ahora, antes y despues.

—Pero es que he oido decir, Juan José, que vienen muchos más moros con un hermano de su rey que le dicen *Muele-Habas*.

—¡Que vengan! que eso es lo que se desea; pero no creas tú que esos moros de rey sean como los del Riff, que son los más valientes y bravíos, y que nada han podido todos contra solo la division de Echagüe, que se ha llenado de gloria como el sol de rayos; ¡por *via* de sanes, que ya puede la Reina Isabel estar ufana con las tropas que tiene! Como te lo estaba diciendo.

Cuando llegué á Algeciras me embarqué con mi mulo y con mis peros; y cuenta que eso de embarcarme no me hace ni chispa de gracia, porque los borricos que andan por las veredas de la mar, si se caen no se levantan. Desembarqué en Ceuta, y de allí me

fuí con mi mulo y mis peros al campamento, y no bien ví allá arriba en el Serrallo la bandera de España, se me ensanchó el corazon que no me cabia en el pecho. Llegué al campamento y vendí mis peros por el aire, que allí no falta plata, ni humor para gastarla. ¡Qué algazara, María! Aquello parecía una feria de las más alegres: no se oía más que guitarras, cantes y vivas á la Reina.

Viva Isabel segunda,
Porque ha dispuesto
Su tesoro y sus joyas
En favor nuestro.

No te digo más sino que el general en jefe ha tenido que prohibir que haya de noche tanta guitarra y cante, porque á los condenados moros les servia de puntería. Preguntando estaba por el regimiento del Rey, cuando toca la corneta, agarran los nuestros el fusil, gritan «¡viva Isabel II! ¡Viva España!» y se ponen en marcha. Yo dejé el mulo y me fuí detrás, y me podeis creer que aquello era digno de verse, y le hubiese descuajado la sangre á un muerto. Cada soldado de los nuestros era un Bernardo; cada oficial un Pizarro; cada general un Cid. No parecia sino que Santiago en su caballo blanco iba por delante: de tal manera arrolla-

ban á los moros que son todos guerreros y eran tres veces más. No os pudiera referir todo lo que vide, ni con cien bocas que tuviese. Yo vide al general Quesada coger un fusil y cargarlos el primero á la bayoneta.—¡Ah, buen hijo de buen padre! dije para mi chaleco, que yo serví con aquel y era otro de los de punta. ¡Pero qué digo yo otro, si de punta lo son todos! Yo vide más balas pasar por cima de la cabeza del general en jefe, que grageas un dia de Carnestolendas. Yo vide al regimiento de Granada con su valiente coronel D. Miguel Trillo á la cabeza, dar, gritando ¡viva la Reina! una carga á la bayoneta que hizo huir á los moros espantados, y oí al general en jefe que le decia que aquella hazaña merecia dos entorchados, á lo que aquel generoso jefe respondió:—«Nada para mí, mi general; todo para mi batallon.»—Oí al general en jefe preguntar á unos soldados del regimiento de Zamora: —«¿Qué tal, muchachos? ¿Habeis ya recibido el bautismo?—Sí señor, mi general, contestaron los soldados, y se lo hemos roto á muchos moros.»—En fin, María, si fuese á referirte cuanto allí ví, habria para no acabar hasta el dia del juicio. Pero á quien yo no quitaba ojo, María, era á nuestros hijos; y ¿cómo no se batirian cuando lo notó el general en jefe que estaba por la cercanía, y acercándose á Miguel le dijo: «Bien te has

batido; di ahora ¿qué quieres?—Seguir batiéndome, mi general,» contestó Miguel, y al punto le dió el general la cruz de San Fernando. Yo no sé lo que por mí pasó; pero me pensé que se me iba la chaveta; no fuí dueño de mí y corrí á abrazarlo, cuando ví uno de aquellos locos aulladores herir á uno de los nuestros que cayó á la vera mia.—¿Sí? dije, cogiendo el fusil del herido; no matarás tú otro valiente cristiano;—y lo despaché, y una vez metido en danza despaché otros dos, y di con los muchachos una carga á la bayoneta que le puso alas á los piés de los moros, que si bien son de mano pesada para la embestida, son de piés ligeros para la huida. Despues viniéndose la noche entregué el fusil y me vine á buscar mi mulo, al que por lo visto no le cuadró aquella fiesta de moros y cristianos, y que, segun me indilgaron, se habia encaminado como mulo de paz al abrigo de las murallas de Ceuta.

Aquella noche se desencadenó una tempestad que estoy para mí que desde que el mundo es mundo no ha habido otra. Yo me pensé que entre la mar, el viento y la lluvia, acababan con el mundo entero. Pero á la mañana siguiente estábamos todos como si tal cosa, y si por acaso envió el diablo aquella y otras por empeño de su amigo *Majoma* para amilanar á sus contrarios, pudieron ambos quedar convencidos de que á los espa-

ñoles no los amilanan los bramidos de los elementos, ni los aullidos de sus moros bravíos. Y ahora que miento esa palabra, has de saber, mujer, que la gente *civilizá* le dice á nuestros soldados *bravos*.

—¡Oiga! ¿Y por qué? preguntó María; ¿por rudos?

—¡Qué por rudos! Por valientes, guapos, denodados, bizarros, como en mi tiempo se decia.

—¿Pues y por qué?

—Porque aquellas voces son viejas y no están de *moa*.—Pero como te iba diciendo, por la mañana me levanté y me encaminé al campamento á platicar con los muchachos, pues, como referí, el dia antes no nos lo habia permitido el moro. Cuando llegué me hallé al regimiento del Rey formado por completo, con su música y todo.—¿Qué será esto? pensé. El Hacho, que es la vigía, no ha dicho esta boca es mia; de manera que no hay moros en la costa. ¿Por qué estará formado este regimiento y los otros no? Aquello me iba haciendo á mí tilin. Me acerqué; las músicas tocaban que era un contento, cuando se pone delante el coronel y manda que haya silencio,—y dice en voz recia para ser oido de todos:

—«El general en jefe se ha enterado con gran satisfaccion de que en la tarde del 24 de Noviembre, un soldado del regimiento del Rey que me honro en man-

dar, encontrándose herido su compañero y amigo y en poder de los moros, este valiente soldado, animado de los más nobles sentimientos, armó su bayoneta, y lanzándose heróicamente sobre los moros, y matando á los que lo retenian, les arrebató á su amigo herido, le cargó sobre sus hombros, atendiendo más á su vida que á la propia, y arrancándole de una muerte segura se incorporó con él á la compañía; y deseoso de recompensar de un modo ostensible al que de una manera tan admirable reune el valor del guerrero y la piedad del cristiano, le remite la adjunta medalla de oro que el Ateneo de Cádiz costea y mandó grabar con el objeto de que fuese galardon insigne de un hecho que en ambos conceptos unidos sobresaliese, debiéndose entregar al frente de su regimiento formado, para que le sirva de estímulo al referido denodado y generoso soldado...»

Al anciano, hasta allí tan animado, en este instante le faltó la voz para proseguir.

—Y bien, preguntó su mujer hondamente conmovida por la relacion que oía, Juan José, ¿por qué te paras? Sigue.

—Es que no lo puedo decir, se me anuda la garganta, porque al que llamaron y el que salió de la fila para recibir de manos de su coronel la medalla de oro, era...

—¿Quién era? ¿Por qué te perturbas?

—Era... era mi hijo, ¡era Gaspar! (1).

—¡Hijo de mi alma! ¡Y la Vírgen me lo sacó ileso! exclamó María.

—¡Hermano de mi vida! ¡y salvó á Miguel! murmuró Catalina.

—¡Y mató á tres moros! ¡Ah, buen hijo, honra de mis canas! añadió con entusiasta ternura Juan José.

Hubo un rato de silencio en que las lágrimas no dejaron á aquella feliz familia sino cruzar sus manos y alzar sus ojos al cielo.

Algo repuesto Juan José, prosiguió su relacion en estos términos:

—Concluido el *auto*, me fuí á buscar á mis muchachos. ¡Yo no puedo decir, María, lo que por mí pasó cuando los vide, al uno con su medalla de oro y al otro con su cruz de San Fernando! Lo que sí puedo decirte es que ni la Reina Isabel, que Dios bendiga y guarde, puede estar más ufana con su cetro y su corona que lo que lo estaba yo con mi Gaspar y mi Miguel. Si contento estaba Gaspar, más lo estaba Miguel, al que se le saltaban los ojos de la cara; el otro estaba á

(1) El soldado en quien recayó el premio á que se alude, se llama Francisco Lopez, y es natural del pueblo de Fuentes, en Andalucía.

Digitized by Google

modo de parado.—¡Bien, hijo, bien! le dije; *asina* se portan los españoles cuando pelean por su tierra, por su Reina y por su fé, teniendo presente que el que es valiente sin ser piadoso, es valiente á lo bruto como lo son ellos. Has merecido la medalla, hijo mio, y la bendicion de tu padre.

—Pues señor, ¿qué es lo que he hecho? dijo Gaspar, que como todo valiente legítimo no es arrogante ni vocinglero, y no se tiene en más, sino en menos de lo que es.

—Has salvado la vida á tu hermano, dije yo.

—Y con una accion tan heróica, añadió Miguel, que se estampará en letras de oro.

—¡Qué! No, hombre, respondió nuestro Gaspar, pasando su brazo al cuello de su hermano; lo que he hecho es *pagar una deuda*.

—Pues tambien á la morería se la pagó España con *réitos*, dije yo, y estoy para mí que no le han de quedar ganas de volverse á entrampar; *asina* ya ves, mujer, todos los bienes que nos ha traido la guerra. ¡Viva la guerra!

—Juan José, contestó su mujer, porque á nosotros nos haya sido favorable, y eso será por la bendicion de aquella pobre moribunda, no debemos olvidar los muchos males que origina, los infelices que sufren, los

que quedan inutilizados, los que mueren, y las muchas familias que á estas horas lloran y visten luto; que la guerra es una calamidad, y así debemos pedir á Dios con toda nuestra alma y corazon por la paz, que el cántico de los ángeles es: ¡Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres en la tierra de buena voluntad!

Digitized by Google

VI.

Lo que mucho vale mucho cuesta.

(Refran.)

Dos meses despues, era á mediados de Enero, estaban sentados una noche al rededor del brasero Juan José, su mujer y su hija. El cielo hacia muchos dias que se hallaba cubierto de una espesa capa de nubes, como con un sudario, que vertian las aguas que contenian con una perseverancia poco comun en los temporales. El viento que venia de Levante mugia, cual si para espantar á España trajese los amenazadores aullidos de los salvajes hijos de África y los bramidos de sus leones.

Digitized by Google

—¡Qué estarán pasando! dijo en queda y ahogada voz Catalina.

—¡Ay Dios de mi vida! añadió su madre; ¡pantanos por suelo, tiendas que se calan por abrigo, y el cólera que los diezma, y el Moro que los acecha y persigue traidoramente, y estas noches eternas que se tragan los dias! No hay fuerzas ni espíritu que pueda resistir á tantos males.

—Y no es esto lo peor, añadió Juan José con la impremeditada franqueza campesina, dando con el pié un fuerte golpe en el suelo, y alzando los ojos al cielo.

—¡Qué, no son esas cosas las peores! preguntó ansiosa y asombrada María; ¿pues qué más queda, Juan José? ¿Qué más? Dí.

—¡El hambre! contestó con fúnebre voz su marido.

—¡María Santísima! exclamó aterrada la pobre madre; ¡qué dices, hombre! ¿Pues y las provisiones?

—Las provisiones no las hallan allí, y tienen que ir de España y embarcadas; y aunque bastantes llevaban, tienen que renovarse, y con estos temporales que no tienen tregua ni fin, no pueden pasar el Estrecho ni los pájaros. Esos son, María, los azares de la guerra; y si á Dios plugo cabalmente en estos dias mandar todos sus temporales, será, María, para probar nuestro valor y constancia, para que acudamos á

él y le pidamos su poderoso auxilio, y para que comprada más cara, sea más brillante y más celebrada la victoria.

—Ó más sentidos y llorados los padeceres y muertes de los nuestros, repuso su mujer; ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Inclemencias del tiempo, epidemia, enemigos fieros y traicioneros por todas partes, y hambre! ¿Á quién no decae los ánimos?

—Al soldado español, María.

—Y los generales y los usías se vendrán.

—Ni uno, María, ni uno; y si alguno por heridas ó males tuviese que venirse, lo hará desesperado y á más no poder; yo los conozco, María, yo los conozco.

—¿Pues qué, van todos á perecer?

—No lo creas, que Dios y María Santísima los sacarán con bien; esto tenlo por artículo de fé.

—Pues pidámoselo, gimió la pobre madre. ¡Madre mia de los Desamparados! ¿Dónde están mis hijos? ¿Qué es de ellos? ¿Son vivos? Si lo son, ¡qué no estarán pasando, y qué van á pasar si tú no los amparas! ¡Qué angustiados estarán sus corazones! ¡Qué caidos sus ánimos! ¡Si siquiera, Madre mia, tuviese noticias de ellos! Roguemos á la Señora para que interceda por ellos.

La familia empezó á rezar el rosario, con ese fervor que trueca la angustia en esperanza y el desconsuelo

en resignacion; y no bien habian concluido, cuando un chiquillo gritó desde la puerta:

—Tio Juan José; dice mi padre que en el correo tiene V. una carta, y que es de allá, del campamento de los cristianos.

Juan José, con la agilidad de los veinte años, se precipitó fuera de la casa, mientras María y su hija habian caido de rodillas levantando sus cruzadas manos hácia una imágen de la Vírgen.

Juan José volvió con un compadre suyo que sabia leer, el cual leyó en alta voz la carta que en su trémula mano traia aquel.

«Mis queridos padres (1): Espero que al recibo de esta estarán Vds. en cabal salud, como la que para mí deseo. Yo y Miguel estamos buenos para lo que Vds. quieran mandar. El cólera vuelve á ensañarse, pero nos reimos de él. Cada dia de fuego es para nosotros un dia de gozo y de placer, solo por cubrir de lauro á nuestra patria y ver el ardor de todos, pues cada dia va siendo más, así en nosotros los *come-rancho*, como en los oficiales y generales, á cual más. Eso del rancho,

(1) Esta carta en casi su totalidad, está compuesta de retazos de cartas de soldados; de las que unas han sido impresas en los diarios, y otras hemos visto originales.

Digitized by Google

escasillo ha andado estos dias atrás; porque la mar estaba más bravía que los mismos moros, y no podian llegar los barcos con los socorros; pero ¿qué le hace? ¡Lo peor era que no teniamos tabaco! Asina sucedió que el general en jefe, que andaba animándonos como un padre muy *respetuoso*, pero muy cuidadoso, se llegó á mí y me dijo:—¿Qué tal, muchacho? ¿Tienes mucha hambre? Y yo le contesté:—El hambre no es cosa, mi general, y si tuviese... si tuviese un cigarrillo...—Pues ¿saben Vds. lo que hizo? se fué á su tienda y sacó un cajon de cigarros diforme que le habia regalado S. M. la Reina para la campaña, y diciendo que S. M. se alegraría que hubiese servido para aliviar en sus fatigas á sus fieles soldados, nos lo repartió todo. Recibimos víveres, gracias á la marina, que en esta ocasion no parecia la hermana, sino la madre del ejército; y á ese valiente y activo general Bustillo no le pagamos ni con cien vidas que tuviésemos. ¡Viva la marina, padre! mas que á su mercé no le guste la mar.

»Padre, ha de saber V. que ha llegado aquí un príncipe de casa Real de Francia. Aunque alto y de gallarda presencia, es criatura y no tiene más que diez y siete años. Si lo hubiese visto su mercé, habria dicho que era chaval y que no servia para el caso; pero ya habria V. mudado de parecer, viéndolo arremeter al

Moro. ¡Á fé que desde Santiago acá, creía yo que solo los españoles arremetian de aquella manera á la morisma. Acá nos pensamos que lo que queria hacer era otra hazaña como la que contaba la madre de Miguel, de Hernando del Pulgar allá en su tierra de Granada, y que iba á enclavar el *Ave-María* en la tienda de don Manuel Habas, y lo hubiera hecho si no lo detienen... Mire V., padre, que es una cosa muy noble y digna de admirarse; ¡venirse, sin que nada le obligue, á esta guerra que tiene tres pares de tacones, solo por acreditarse de valiente! Verdad es que tener ese renombre vale más que todo el oro del mundo, y le *alevanta* á uno una cuarta del suelo.

»Padre, más de cuatro cargas á la bayoneta hemos dado, como aquella en que tomó su mercé parte. Esas cargas no les gustan mucho que digamos á los moros, que oyendo el toque de la calacuerda (1), á la que le hemos puesto por nombre la polka del general Prim, pierden pié, color y posiciones (2).

(1) Toque de atacar á la bayoneta.

(2) Este es el lugar de consignar que esa misma division con su general Prim, al hacer un reconocimiento, á dos leguas de Tetuan se encontraron á una pobre mora anciana, desfallecida y abandonada por los moros, y que trayendo una camilla sobre sus hombros la condujeron á Tetuan como hermanos de la Caridad.

Digitized by Google

»Miguel me da muchas memorias, y que sepa Catalina que no la olvida, y que diga á V., padre, que razon llevaba en lo que le dijo, que su santo no descuidaría la veleta que siempre ha señalado para España, pues ni una vez hemos sido derrotados, y cuenta con que los moros son valientes hombrones, y que pelean desesperadamente y con coraje. Con esto se despide pidiendo á Vds. su bendicion su hijo

GASPAR.

»Madre: no entro una vez en fuego sin encomendarme á la Vírgen, como me lo tiene V. *aprevenido.*»

Fácil será comprender el enagenamiento de los padres al oir leer tan alegre y animada carta, cuya lectura fué muchas veces repetida, porque desde que cundió por el pueblo que habia carta de Africa, se les fué llenando la casa de gentes, ávidas de saber noticias de la más nacional y popular guerra que ha habido en España despues de la de la Independencia.

Digitized by Google

VII.

Si; que al Africa llevando
La victoria con la lucha,
Lauros de Isabel primera
Renueva Isabel segunda.

José Gonzalez de Tejada.

Pasaron dias, y volvió á apoderarse la inquietud del corazon de la tierna madre.

—Juan José, le decia á su marido; nada se sabe, y eso es que no podrán entrar en Tetuan.

—Calla, simple, contestaba su marido, que donde entra el sol entran los españoles; pero ¿no sabes tú que no se ganó Zamora en una hora, y que no puede pasar la artillería por pantanos y tienen que hacerle una calzada? A las señás mujeres que no entienden de guerra, se les figura que tomar una plaza fuerte en

Digitized by Google

país enemigo es quizás un buñuelo que se echa á freir.

Pero el dia 5 de Febrero un arriero que venia de Jerez trajo á Bornos la noticia, llegada allí por telégrafo, de haber habido el dia antes una reñida accion frente á Tetuan, en que, como en las anteriores, habian salido victoriosos los españoles, habiéndose hecho dueños de cinco campamentos enemigos aunque á costa de grandes pérdidas.

El entusiasmo, unido á una angustiosa inquietud, hicieron á Juan José no poder permanecer en el pueblo, y se puso en camino para Jerez. Allí supo que los heridos en aquel memorable dia debian ser conducidos á Sevilla, y saliendo un tren de materiales del camino de hierro en aquella direccion, suplicó que lo admitiesen en él.

Amaneció el dia 7 de Febrero, dia para siempre memorable en los fastos de España. No rayaba aun el alba, cuando las sonoras campanas de la catedral de Sevilla, que tanto conmueven, esparciendo, autorizando y solemnizando la alegría, anunciaron al dormido pueblo el grande y fausto acontecimiento de la toma de Tetuan. No es posible dar una idea de la impresion causada por aquellos sonidos, pues ¿quién es el que puede describir el apogeo del más unánime, ardiente y nacional entusiasmo? Pero hablen algunos hechos.

Digitized by Google

Los sacerdotes que acudian á las iglesias para decir misa, unidos la dijeron solemne, y en seguida cantaron el *Te Deum*, ese augusto himno de gracias al Señor.

Los respetables generales Guajardo y Hernandez, autoridades militares del distrito, y veteranos ambos, que no tienen una hoja en su corona de laurel que pueda marchitar el tiempo, cuando se vieron no pudieron pronunciar una palabra y cayeron en brazos uno del otro, arrancando la vista de este noble espectáculo lágrimas á los oficiales que estaban presentes. Cuando el alcalde se presentó al arzobispo á pedir su consentimiento para sacar en procesion á la Vírgen Pura patrona de España, y el estandarte y espada de San Fernando, el venerable Príncipe de la Iglesia prorumpió en llanto, haciéndoselo derramar igualmente al alcalde; lo cual, visto por un hombre del pueblo, se arrojó á él diciéndole: *Señor alcalde, permítame su señoría que le abrace.* El pueblo gritó que queria ver á su venerado pastor, y este se presentó en el balcon bendiciendo á su grey que lo victoreaba con entusiasmo. La Vírgen de los Reyes y el cuerpo de San Fernando fueron descubiertos, y á su lado puestos los centinelas de honor acostumbrados. En su magnífica capilla entraban las hermandades de mujeres en procesion, dando á voces

gracias á la Señora. Músicas recorrian las calles, seguidas de una muchedumbre ébria de gozo, que victoreaba á la Reina, á España, al ejército y á los generales que le habian conducido á la victoria, y que se detenian ante las casas en que se hallaban jefes ú oficiales heridos en esta gloriosa guerra, para victorearlos.

En la plaza, un vendedor de naranjas abandonó su puesto y su mercancía, dejando un letrero que decia: *El dueño de este puesto se ha vuelto loco de alegría y ahí queda eso*. Otros rompieron las cántaras de un aguador (cuyo importe abonaron en seguida) diciendo: ¿Qué es esto?—Agua.—Hoy no se bebe en Sevilla sino vino.—Más allá gritaba otro grupo: *¡Nadie duerma esta noche; el que duerma es un inglés!*—¡Qué alegría, decian las mujeres, *ni el sábado Santo!*—Banderas en las torres, colgaduras en todas las casas, el hermoso ruido de la alegría por todas partes.

—Parte telegráfico, gritaban los ciegos desatinados, de la entrada de nuestras valientes tropas en la gran ciudad de Tétuan, y de que á los moros se los ha llevado el demonio.—¡Viva España! ¡Viva la Reina! ¡Viva el ejército! ¡Vivan los Moros!—Hombre, ¿qué está usted diciendo? ¿que vivan los Moros?—Sí, para volverlos á matar.

Tal es el entusiasmo español cuando es unánime, le-

gítimo y de buena ley; acude á sus iglesias, saca en procesion á su patrona la Vírgen Pura, victorea á su Reina, á sus prelados, á sus autoridades, á su patria, aclama á su ejército que le da poder y gloria, á su caudillo y á los generales que lo guian, á los que traen de la guerra gloriosas heridas, y el odioso *muera* no lo halla ni para sus feroces enemigos. ¡Y vosotros que estais en África y tan inmenso regocijo habeis proporcionado á vuestra patria y no podeis ser testigos de la gratitud con que os paga!

Podrá ser que el entusiasmo unánime y frenético inspirado por la toma de una ciudad mora, por grande que sea el hecho de armas que la puso en poder de los españoles, parezca exagerado; pero no lo es, porque, en primer lugar, el pueblo, con su admirable instinto, sabe que el éxito en todas cosas es el que las evalora; siente además que no es solo una ciudad mora y otras ventajas que pueda reportar, lo que ha proporcionado á España su ejército, sino que siente que del fuego marroquí se ha alzado el Fénix español, volando hácia un glorioso porvenir; y en segundo lugar, porque con estas demostraciones públicas, con esta ardiente espansion, paga el país á su ejército tres meses de admiracion, de interés y de simpatía. Esto se debia por sus sufrimientos, por su constancia, por su

Digitized by Google

valor sin igual, por su humanidad sin límites. Esta deuda tenia la patria, y se la paga en amor, en admiracion y entusiasmo.

El dia 8 continuó la misma alegría; procesiones, salvas y tantos tiros, que hubo quien dijo se habia gastado tanta pólvora como para tomar á Tetuan. Pusiéronle el 9 á una de las calles principales el nombre de calle de Tetuan, lo cual se hizo yendo á las ocho de la noche el ayuntamiento con el retrato de la Reina.

Pero entretanto, nada sabia María de Juan José. Cundian exageradas las pérdidas á costa de las cuales se habia obtenido la gran victoria. María no pudo contener su ansiedad, y partió como otras muchas madres de los pueblos, para la capital, donde debian ser conducidos los heridos, quienes podrian quizá darle noticias de sus hijos.

Llegaron madre é hija el dia 9 al anochecer á Sevilla, y despues de descansar unos momentos en un meson, salieron para tomar informes del lugar á que habian sido conducidos los heridos recientemente traidos.

Un inmenso gentío y un entusiasta clamoreo les avisó que se acercaba la procesion, en la que se llevaba el retrato de la Reina. Subiéronse en el poyete de un zaguan para dejarla pasar. Abrian la marcha cinco batidores á caballo y una numerosa música; seguia la

guardia municipal á pié; á continuacion llevaban cuatro banderas seguidas de una porcion de personas con hachones encendidos, y despues los heridos de África coronados de laurel, y llevando banderines en que se leian en letras de plata los nombres de las principales victorias alcanzadas por el ejército. Marchaba luego el ayuntamiento presidido por el gobernador civil y por el retrato de nuestra augusta Soberana, llevado por dos concejales, y cerraba la marcha un piquete de infantería con otra banda de música á la cabeza.

«¡Allí vienen los heridos!» decian las gentes apiñadas; y los vivas eran más entusiastas, y las lágrimas corrian presurosas por las mejillas de las mujeres, al paso que se detenian asombradas, antes de ir á perderse entre negros ó canos bigotes.—¡Mirad aquel, mirad aquel, pobrecito! no puede andar solo, lo vienen sosteniendo;—decian al lado de María, señalando á un jóven que con el brazo y el hombro vendado, coronada su pálida frente con una corona de laurel, y llevando en la mano un banderin con un letrero que decia TETUAN, caminaba con rostro placentero, macilento y modesto, apoyado sobre el brazo de un robusto anciano, cuya mirada orgullosa y enagenada parecia decir á todos: ¡Este valiente es mi hijo!—María, cuyo corazon se hallaba agitado hacia dias por el temor, la esperanza, el

entusiasmo y la angustia, dió un grito que todos aquellos sentimientos la arrancaron al reconocer en el macilento y glorioso herido á su hijo, y cayó en brazos de Catalina (1).

(1) Este es el lugar de reproducir lo que concerniente á los heridos que iban en la procesion referida dice *La Andalucía*, periódico de esta ciudad:

«El que no haya presenciado la escena que la noche del jueves se ofreció en la Plaza Nueva en el momento de atravesarla la procesion que conducía en triunfo el retrato de S. M. y á los heridos convalecientes, no puede tener idea de lo que es un pueblo entusiasta y patriota. Allí las aclamaciones, los disparos y los vivas ensordecian el aire, mientras el espectáculo que ofrecían nuestros guerreros coronados de laurel, arrancaba lágrimas de ternura en los pechos más inaccesibles al entusiasmo.

Uno de ellos, cazador de Arapiles, exclamaba lleno tambien el rostro de lágrimas:

—¿Quién no se bate, despues de ver esto?

Otro no podia casi andar, parecia estar incómodo.

—¿Quiere V. retirarse? le preguntó un caballero.

—De ningun modo, señor. Estos vivas me dan la vida.

Una mujer quiso hacer un obsequio metálico á un soldado.

—Gracias, patrona. Tengo bastante con la paga que me da la nacion, y con esta corona, que para mí es de oro.

Por último, al despedirse los heridos de los señores alcaldes y concejales, una vez concluida la ceremonia, muchos de ellos profundamente conmovidos daban las gracias por tantos favores, asegurando que si les cabia la dicha de volver á batirse contra los moros, el recuerdo de Sevilla los alentaría, como el de una madre cariñosa que con sus bendiciones les protegia.»

VIII.

All well, that end's well.

Meses despues se celebraba en Bornos una alegre boda, la de Catalina y Miguel. Asistia á ella Gaspar, del todo restablecido, pero habiendo perdido el uso de su brazo derecho. Si habia perdido un brazo, en cambio habia recibido una medalla de oro, una cruz pensionada y una renta vitalicia: como inutilizado en la guerra de África, esta; como valiente, la cruz; como benéfico y generoso, la medalla.

—¡Todos los dias son dias de dar gracias á Dios! ¡No hay padre más feliz que yo! exclamó alegremente

Digitized by Google

Juan José; ¡no tengo más pena que verte manco, hijo mio! Pero ¡cómo ha de ser! Pagaste como bueno tu deuda á la patria, Gaspar.

—¡Padre, respondió Gaspar, señalando su medalla y su cruz con entusiasmo; y cumplidamente me ha pagado á mí la patria las suyas!

—Verdad es, hijo; y así señores, á brindar. ¡Viva la Reina, y vivan todas las personas generosas y buenas españolas que como S. M. y la Real Familia han contribuido al auxilio de los heridos é inutilizados de la guerra de África!

Digitized by Google

APÉNDICE.

No queremos concluir esta pequeña reunion de rasgos heróicos, generosos y tiernos de nuestra guerra de África, que darán á conocer el carácter y sentimientos de nuestra nacion, sin añadir algunos detalles de sumo interés.

Decia el general Marchessi en su magnífica alocucion á los tercios vascongados, al estimularlos con el recuerdo de las gloriosas empresas de nuestros antepasados: *Acordémonos de que todo lo emprendieron en el nombre de Dios, y hagamos lo mismo.* Asi es, que

Digitized by Google

cual aquellos que al concluir una obra la coronaban con la cruz, nuestros guerreros de hoy han dado cima á la suya entrando en la ciudad conquistada, no como enemigos exasperados, no como conquistadores fieros y altivos, no como hombres que acababan de ver á sus compañeros y amigos horrorosamente mutilados en los campos de batalla, sino como cristianos, como civilizadores, como generosos, al ver ante sus piés postrada á una mísera multitud poseida del doble espanto de lo que acababa de sufrir de la bárbara y brutal soldadesca marroqui, y de lo que aguardaba de un conquistador ultrajado y deseoso de venganza; multitud que imploraba su clemencia gritando: *¡Viva la Reina de España! ¡Vivan los señores!* Aquellos corazones, poco antes de acero ante el peligro, impasibles ante las tormentas y la muerte, se enternecen y se ablandan ante la desolacion, ante la desgracia, ante la miseria.—¡Pobrecitos! este dulce epíteto en que se funden la compasion y el cariño, pues como lo hemos dicho ya, la compasion es el más puro de los amores; ¡pobrecitos! palabra mágica de la caridad, que en idioma alguno puede traducirse, dándole su significado cándido, su delicado prestigio, su dulce afecto; esa palabra tan pequeña, que como una chispa enciende la santa hoguera del fuego sacro, fué pronunciada por

aquellos mismos lábios que poco antes mandaban con energía una carga á la bayoneta, y es repetida por todos los soldados que partian con los míseros hambrientos cuanto llevaban! y esto sin ostentacion, sin jactancia, con la misma sencillez que lo refiere un soldado en este párrafo de su carta:

Todos les dábamos cuanto podiamos, pues no mirábamos en ellos á nuestros enemigos, sino á los pobres que no tenian que comer.

Un sobrino nuestro, oficial de artillería, nos escribe estas líneas:

«Me he convencido con íntimo placer de que el soldado español es tan humano como valiente. He visto á los soldados repartir su galleta á los pobres, y á uno llevar á ancas de su acémila á un infeliz judío, al que decia:—¿Por qué no acudís cuando comemos á los ranchos? Nos sobra y os daremos; y ya que tanta necesidad teneis, ¿qué os importa que esté hecho con tocino!»

Hé aquí una carta de otro oficial, que publica un periódico sevillano:

«Un respetable anciano yacia cadáver horrorosamente mutilado, la cabeza á tres pasos del tronco, y junto á sus manos, crispadas aun por las angustias de muerte, se veia un cuchillo ensangrentado sin empuñadura: más allá una mujer completamente desnuda, de

Digitized by Google

facciones bastante regulares, pugnaba por coger con la única mano útil que tenia, á un precioso niño como de dos años, que al parecer estaba muerto.

»Al verme, un grito de alegría se escapó de los cárdenos lábios de aquella infeliz. En mal español, que me costaba mucho trabajo comprender, me refirió que la noche anterior se habian presentado los moros en su casa, y despues de forzar las puertas, asesinaron á su marido y á su padre, al primero de los cuales sacaron arrastrando á la calle. En la desesperada defensa que emprendió ella, le habian causado una herida en el muslo izquierdo. Despues se llevaron cuanto tenian, inclusos algunos quintales de cera. Por fortuna el niño no tenia más que un desmayo producido por el hambre. Merced á un vaso de vino, que no sé de dónde me proporcionó un soldado, conseguimos volverlo á la vida.

»Decirle á V. las demostraciones de júbilo que hizo aquella madre, cuando vió que su hijo abria los ojos, sería una cosa imposible. Me abrazaba, pidiendo que no la abandonase, y nos llamaba sus salvadores. Por fin, despues de socorrerla cuanto me fué posible, salí de la casa profundamente conmovido.

»Se han emprendido algunas obras en las que se admiten á todos los hebreos que quieran trabajar, retribuyéndoseles con 4 rs. diarios.

Digitized by Google

»La espantosa miseria de estos infelices, ha dado lugar á hechos de abnegacion admirables. Se han hecho infinitas limosnas, y varios soldados se han privado de su racion para remediar el hambre de algunos desgraciados.

»Multitud de hombres se ocupan en limpiar las calles, y se ha publicado un bando para que entreguen estos habitantes todas las armas que tengan, depositándolas en poder de un moro que, con el título de alcalde, se ha comisionado al efecto.

»El general Rios, con una actividad y celo dignos del mayor encomio, procede á la organizacion del ayuntamiento y á la rotulacion de las calles. La plaza Mayor se ha bautizado con el nombre de *plaza de España.*»

Entre los innumerables hechos que atestiguan, á la vez que el ardor patriótico y la constancia de nuestros incomparables soldados del ejército de África, el espíritu eminentemente religioso que los anima y fortalece en los combates, citaremos el que hemos leido en una correspondencia escrita desde el campamento frente á Tetuan por una persona respetable que lo presenció.

En el momento de haberse disparado un cañon por un artillero asturiano, observaron sus camaradas el estrago que produjo la metralla en un grupo de moros,

y prorumpieron en estrepitosos vivas y aplausos, abrazando á su compañero. Este sereno y piadoso soldado, lejos de envanecerse por tan merecidas y entusiastas demostraciones, y como inspirado por los sentimientos que embargaban su corazon en momentos tan supremos, se desabrochó el pecho, y enseñando á sus camaradas un escapulario de la Santísima Vírgen de Covadonga que le puso al cuello su madre al despedirse de ella, les dijo: «Á esta Señora, á esta, que es mi patrona y mi amparo, y no á mí, se debe cuanto yo hago y haga por mi patria y por mi Reina Doña Isabel II.»

En la primera misa celebrada en Tetuan, que fué dicha por un venerable misionero, asistido por capellanes castrenses, y oida por el general en jefe con todo su estado mayor y por piquetes de los diversos regimientos, pronunció aquel una plática en la cual consignó el hecho elocuentísimo de que entre más de cuatro mil heridos y enfermos de nuestro ejército de África, que habia asistido en los hospitales, solo uno no llevaba al cuello cruz, medalla ó escapulario, y ese uno era un presidario de los que para ocuparse en ciertos trabajos acompañan al ejército.

Pero ¿quién podrá enumerar las pruebas de humanidad tierna y cristiana que han dado en esta campaña oficiales y generales? Sirva de muestra esta hermo-

sa frase que se atribuye al general Ros de Olano, tan bizarro como prudente en la guerra, y tan cuidadoso del bienestar de sus tropas: *Más quiero un soldado vivo que diez moros muertos;* y la delicada bondad de corazon del general en jefe, que en medio de sus graves cuidados y de la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba desde que la Reina le dijo: *Te entrego los destinos de España,* y cuando apenas hallaba tiempo material ni sosiego moral para el necesario descanso, encontró ambos para contestar á la siguiente humilde carta de una pobre madre de un soldado, que reproducimos, para probar cuán verídicos son los tipos que de las mujeres del pueblo pintamos.

Una pobre madre, luchando con el temor y cariño que dos personas diversas le inspiran, ha escrito al conde de Lucena la siguiente carta:

«Esija y enero.

»Esentísimo señor conde de Lusena

»Muy Señor mio, una madre que ya ase dos meses que no sabe de el hijo de sus entrañas es la que recure á usía para mereser de su buen corason que me haga usía el osequio de sin perdida de correo mandar á uno de sus secretarios pues buestra eselencia no es cosa que

le escriba auna pobre como yo, como está de salud si es muerto ó herido Manuel Carrascosa y Romero soldado de el primer batallon del Príncipe Cuarta compañía n.° tres ¡ay esselentísimo señor cuanto gusto que tiene mi corason porque mi hijo este al lado de usía para defender la patria y cumplir como soldado con su deber, y cuanta pena tiene mi alma por no tener carta suya! ¡ay señor mio por el amor de Dios y el de buestra familia os suplico que busque á mi hijo y le manden què sin perdida de correo me escriba y si mi hijo está herido ó muerto por Dios que usía me lo mande á desir por vuestro secretario pues si usía tiene hijos sabe cuanto se quieren y cuanta será mi pena por no saber de el hijo de mi alma asi le suplico que no desoiga mis suplicas y que me mande á desir cuanto le pido pues asta no tener contestasion á esta no dejan mis hojos de derramar lagrimas amargas.

»Su eselentísima se conserve siempre bueno y libre de todo mal, como se lo pide á Dios y á su santísima madre la que ha tenido el atrebimiento de incomodarle y le pide á su eselensia mil perdones por haberlo molestado su mas atenta umirde y segura serbidora que besa su mano.

Josefa Romero.

Digitized by Google

»El sobre para Josefa Romero calle de Martin de Parma n.° ocho en

ESIJA PROVINSIA
DE SEVILLA.

»Su Eselensia tambien me ará el obsequio de desirle á mi hijo si está en este mundo que me mande á desir si á resibido una carta mia en la que lemando una letra de treinta reales, y una estampa de la Santísima Vírgen de el valle nuestra patrona.

»Tengo balor suficiente para resibier cuarquiera nueba desagradable de lo que haya pasao á mi hijo así su eselensia no tenga cuidado en mandarme á desir lo que le haya pasado pues cuarquiera cosa la llebaré con pasensia y conformandome con la voluntad de Dios.»

La lectura de esta carta bastó para que el general O'Donnell mandase que inmediamente su ayudante el teniente coronel graduado Sr. Rizo, se informara del paradero del soldado Carrascosa.

El Sr. García Rizo ejecutó las órdenes de su general; afortunadamente para esa pobre madre, á quien tanto honra su carta, modelo del maternal amor, el soldado vivia y habia recibido la letra, y aseguraba que habia escrito á su madre.

Digitized by Google

El conde de Lucena entonces, de su puño y letra, contestó á la carta y tranquilizó á la pobre y afligida madre, noticiándole el estado de su hijo y asegurándola que lejos de haberle molestado con su pretension, le habia proporcionado con ella el placer de darle una buena noticia.

Cómo recibirá la madre de nuestro soldado esta carta, y cómo correrá de mano en mano por el pueblo, fácil es de comprender.

Últimamente, concluiremos estos ligeros apuntes con un chiste andaluz, para que una sonrisa en los lábios acompañe las lágrimas de ternura que llenan nuestros ojos, y es el siguiente brindis pronunciado en una comida dada en celebracion de la toma de Tetuan: «Brindo, dijo el que lo hacia, por el abrazo que daria el emperador de Marruecos al que le llevó la noticia de la derrota de los suyos.»

FIN.

551792

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

NA
FO
A
BIBLIOTECA
X X